

Escuela Superior Peronista

1951



Clases de Eva Perón

Estas clases, dictadas por Eva Perón en la Escuela Superior Peronista, fueron publicadas por "Mundo Peronista" en 1952.

Cuadernos de la memoria
www.elortiba.org

PRIMERA CLASE DICTADA EL 15 DE MARZO DE 1951

Es para mí un placer y un honor muy grande poder hablar a los peronistas desde esta tribuna y, sobre todo, poder hacerles llegar mi modesta voz en una de las materias más queridas para los peronistas: "La historia del peronismo". Cuando el director de la Escuela Superior Peronista me pidió que yo dictase un curso extraordinario en ella, advertí su gran importancia y quise medir la responsabilidad que significaba para mí el narrar, en cierto modo, el extraordinario capítulo de nuestra historia que estamos viviendo y que las generaciones venideras sabrán apreciar, porque en él estamos construyendo la grandeza de la Nación.

Yo me alegré, entonces, porque hablar de la historia del movimiento peronista, era, en cierto modo, recordar con ustedes, con los alumnos de esta escuela, con hombres y mujeres peronistas de corazón, todas las jornadas de lucha y de gloria de nuestro movimiento, vividas en estos pocos años, en una Patria tan cara para nosotros. Cuando el doctor Mendé me habló para que dictara esta clase, pensé que si bien significaba una gran responsabilidad, hablar de la historia del movimiento peronista era un honor para mí, que había vivido sus difíciles momentos, su gestación, sus triunfos y la culminación de sus realidades. Por eso acepté dictar este curso.

Pensé que estos siete años del movimiento peronista podían medirse con los pocos años de mi vida, porque los he vivido con gran intensidad. Y digo pocos años, porque para mí es lo mismo que para aquella viejita a quien San Martín le preguntó qué edad tenía, y que contestó al Libertador que era muy niña, porque tenía la edad de la Patria. Para mí la vida empieza el día en que mi camino se encontró con el camino del general Perón, día que yo siempre he llamado con orgullo "mi día maravilloso". Es por eso que desde el día en que conocí al general Perón, yo le dediqué mis ensueños de argentina y abracé la causa del pueblo y de la Patria, dando gracias a Dios de que me hubiese iluminado para que, joven aún, pudiera brindar mi vida al servicio de una causa tan noble como es ésta de Perón.

Yo me di cuenta de que la historia del peronismo necesitaba una explicación y de que esa explicación sólo se puede dar ubicando al peronismo en la historia de nuestro pueblo, y, más aún, en la historia del mundo. Y advertí que era también necesario poseer algunos conocimientos de historia universal y de la filosofía de la historia; y aunque siempre he tenido un amor extraordinario pro la historia, reconozco que solamente me he detenido en las páginas de los grandes hombres, porque he querido siempre hacer un paralelo entre los grandes hombres y el general Perón. Es que la comparación de nuestro Líder con los genios de la humanidad siempre me resultó interesante, y he llegado tal vez por mi fanatismo por esta causa que he tomado como bandera -y todas las causas grandes necesitan de fanáticos, porque de lo contrario no tendríamos ni héroes ni santos-, a hacer un paralelo entre los grandes hombres y el general Perón.

Todos ellos -los grandes hombres del pasado- lucharon por un imperio, por encontrarse a sí mismos... pero el general Perón lucha por algo más grandes: lucha por encontrar la felicidad del pueblo argentino. Solamente con estos conocimientos de historia, en los que he me detenido bastante, y con el gran amor por la causa de Perón, yo voy a tratar de cumplir aquí con este curso y explicarles a ustedes la historia de nuestro movimiento, como lo veo en medio de la historia del mundo y de la historia de los pueblos.

El General, en su discurso inaugural, hizo un elogio a la intuición femenina; yo creo también en la intuición femenina de una manera especial y me permito recurrir a esa intuición en esta Escuela en que las alumnas y alumnos de una cultura superior pueden colaborar conmigo para tratar de profundizar y de ahondar nuestra historia del peronismo. La intuición no es para mí otra cosa que la inteligencia del corazón; por eso es también facultad y virtud de las mujeres, porque nosotras vivimos guiadas más bien por el corazón que por la inteligencia. Los hombres viven de acuerdo con lo que razonan; nosotras vivimos de acuerdo con lo que sentimos; el amor nos domina el corazón, y todo lo vemos en la vida con los ojos del amor.

Yo aquí, como mujer y como peronista, voy a tratar de profundizar la historia del peronismo con el corazón. Los hombres sienten y sufren menos que nosotras; no es un defecto, la naturaleza que es sabia sabrá por qué lo ha hecho. Pero nosotras las mujeres, cuando amamos a un niño, cuando amamos a un anciano, tratamos de consolidar su felicidad. Los hombres con más facilidad pueden destruir, pueden matar. Ellos no saben lo que cuesta un hombre; nosotras, sí.

Cuando una mujer tiene la intuición de que un hijo que está lejos está enfermo o le ha pasado una desgracia, es que siente y ve con los ojos del alma y el corazón; es que la mirada se ha alargado más allá; es la mirada del amor, que es la que siente, que es la que presiente y lo ve todo. Es por eso que yo he querido ser, como mujer argentina, la eterna vigía de la Revolución, porque quiero ser una esperanza dentro de nuestro movimiento, para poder colaborar con la obra patriótica y ciclópea de nuestro Líder de construir una nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.

Pero para poder lograr la obra ciclópea del general Perón, hay que buscar la luz en otros factores: en el pueblo y en el Líder. La historia del peronismo que yo vengo a dictar aquí, no será más que la historia de ellos, de esos grandes amores de mi vida, que junto con la Patria llenan todo mi corazón. Para que esta historia de siete años que todos nosotros vivimos tan felizmente sea explicada, tenemos que empezar aceptando que debemos comenzar por definir quiénes fueron sus personajes. Pero en realidad, si se analiza a fondo todos los personajes de las épocas de los pueblos, hallaremos allí dos clases de personajes: los genios y los pueblos, y aquí, en la historia del peronismo, no hay más que dos personajes, solamente dos: Perón y el pueblo. Y es por eso que estos dos personajes, o

sea el genio y el pueblo van escribiendo con tintas brillantes y oscuras, los millares y millares de capítulos que componen la vida de la humanidad.

En general la historia del mundo es la suma de esas dos historias que corren juntas. Yo sé que sobre este tema de los pueblos y de los grandes hombres es mucho lo que se ha escrito y que quizá mis puntos de vista en esta materia sean discutibles, pero yo tengo sobre toda otra explicación, una ventaja extraordinaria. Nosotros estamos viviendo una época maravillosa, una época que no se da en todos los países ni tampoco en todos los siglos, y ésta es una verdad indiscutible. Los críticos, los supercríticos, los detractores de Perón, podrán escribir la historia como les parezca, como se les antoje, deformando o tergiversando, o decir la verdad, pero lo que no podrán decir, explicar ni negar jamás, es que el pueblo lo quiso a Perón.

Explicar este hecho, es casi explicar toda la historia del peronismo, pero este hecho resultaría inexplicable si no repasamos en la historia universal, el problema de los pueblos y de los hombres o el problema de los hombres y de los grandes pueblos. Hoy quiero decir sobre esto solamente algunas cosas, algunos conceptos generales, para analizar en una segunda clase, ya profundamente, en particular, el tema de los pueblos en la historia, y luego, en otra clase, la apasionante materia de los grandes hombres, para después abordar el tema de la agrupación de hombres en el mundo y tomar después el de las revoluciones, para llegar así a nuestra revolución justicialista, y hacer la comparación, que será siempre ventajosa, porque nuestra revolución ha sido hecha por un grande hombre apoyado por un pueblo que buscaba su felicidad y cuyo camino le marcó su conductor.

Solamente quiero hoy analizar un problema un poco general: el de los grandes hombres, narrando algunas anécdotas para explicar cosas o casos que son a veces inexplicables.

Cuando nosotros, desde este balcón alto del siglo XX damos vuelta hacia el pasado, advertimos en seguida que la historia del mundo no es un camino que viene recto hacia nosotros. No; la historia que nosotros vemos desde aquí se nos parece un camino montañoso, que tiene sus valles y sus montes; los valles son los ciclos vacíos de los grandes pueblos, los ciclos en que los pueblos han perdido su tiempo luchando sin objetivos y sin grandes ideales. Los montes son aquellas etapas altas del camino, en que se ha dado el milagro de que el hombre encuentra la manera de conducir a un pueblo hacia sus altas regiones, o de que un pueblo ha encontrado a un hombre que lo ha sabido conducir para escribir una página brillante en la historia de la humanidad.

Algunos creen que la historia la hacen solamente avanzar las grandes personalidades: éstos son los individualistas de la historia. Carlyle, por ejemplo, decía en su gran obra: "Ros herus" que "la historia universal es, en el fondo, la historia de los grandes hombres".

Otros en cambio, afirman que la historia es obra exclusiva de los pueblos: son los colectivistas de la historia. Ellos son los que afirman, por ejemplo, que aun cuando San Martín no hubiese venido a conducir a los ejércitos criollos a su destino de gloria, otro hubiera ocupado su lugar y hecho lo mismo.

Yo creo que la verdad aquí, como en tantas partes, reside en una tercera posición. Nada haría un pueblo sin un conductor, ni hada haría un gran conductor sin un gran pueblo que lo acompañase y lo alentara en sus grandes ideales. Y tampoco vale un pueblo preparado para recibir a un genio, si el genio no nace allí, en ese siglo y en ese pueblo.

Los genios no tienen explicación en el medio en que nacen. No son los pueblos ni los siglos las causas de los grandes genios. Por eso muchas veces la historia tiene que resignarse a dar como única explicación del genio la que dio de Napoleón, llamándolo simplemente el hombre del siglo, el corso singular, o el escultor de su tiempo.

A veces, como en el caso de Napoleón, ni el mismo genio se explica, y debe acudir a una frase inexplicable: "yo soy un trozo de roca lanzado en el espacio". De él pudo decir tal vez con cierta razón, uno de los historiadores de la época: "Napoleón llegaba de edades remotas", lo que es dar una explicación a algo inexplicable.

Los grandes hombres no tienen su causa en el medio en que se desarrollan, pero tampoco los pueblos solos pueden avanzar en la historia sin tener quien los conduzca. Por eso es que no todos los siglos ni todos los pueblos tienen la gracia de encontrar al hombre que necesitan. Y es una verdad indiscutible que los pueblos sienten necesidad de grandes encarnaciones; es así como pueblos que no las han tenido, han exaltado ciertas figuras imaginarias, como hicieron los romanos con Rómulo y los españoles con el Cid, figuras mitológicas, convirtiéndolos en personajes más o menos gloriosos, que pasaron a ser arquetipos de la nacionalidad.

Al mirar la historia de la humanidad desde este punto de vista no encontramos otra cosa que pueblos en busca de grandes hombres y, también, muchas veces hombres en busca de grandes pueblos. Cuando se encuentran los dos, entonces el siglo se viste de gloria y marca en la historia una página brillante, para que en ella se escriban sus hazañas y sus nombres. Lo importante es que los dos, pueblo y genio, se encuentren.

A ustedes les parecerá extraño que yo, una mujer humilde de la Patria, al tomar un tema eminentemente partidario como la historia del peronismo, esté divagando entre pueblos y grandes hombres y haya ido a tocar la historia universal para hablar de una cuestión tan contemporánea como la nuestra. Pero es que quiero hacer con ustedes un estudio profundo de la historia del peronismo,

porque Perón, que es para mí de los grandes, no sólo por sus grandes obras sino también –como lo vamos a ver en clases posteriores– por sus pequeñas cosas, ha realizado esto que repasando la historia no hemos visto en ningún otro hombre, con la perfección con que las lleva a cabo un hombre singular de los quilates del general Perón.

La historia del peronismo, como la definiré más adelante, se reduce a dos personajes: el genio y el pueblo, Perón y los descamisados. Para tomarla, hay que tomarla profundamente, y yo quiero llevar esto un poco por la historia universal, para después situarnos en la historia que nosotros los argentinos estamos escribiendo a diario con nuestro apoyo, con nuestra fe y con nuestro trabajo silencioso y a veces de renunciamiento, para colaborar con la obra ciclópea y patriótica del general Perón.

Decía un gran escritor, en sus "Reflexiones de la historia del mundo", que no le es dado a cada época tener su grande hombre y no le es dado tampoco a cada genio encontrar su siglo, y tal vez haya en alguna parte grandes hombres para grandes cosas que no existen. Mucha gente piensa que los grandes hombres no podrían surgir en estos tiempos de progreso y de civilización, que han creado grandes masas de hombres cuya cultura superior impediría que se desarrolle un hombre o un personaje extraordinario, que solamente podría llegar a conducir hombres poco cultos u hombres y mujeres poco civilizados. Pero este argumento se derrumba: el culto de los héroes no es de los incivilizados sino de los civilizados. Será tal vez, sin duda, mucho más difícil que una personalidad genial triunfe en un pueblo culto, pero allí donde triunfe ese hombre, tendrá también el derecho de ser honrado con el título de grande. Más aún, podemos afirmar con la experiencia de la historia, que los pueblos más cultos son los que han tenido siempre la suerte de ser iluminados por los meteoros de los genios y creo que a veces los grandes hombres se encuentran, por esta misma razón, en el mismo siglo y aun en el mismo pueblo, como Aristóteles y Alejandro, como Goethe y Napoleón y como Bolívar y San Martín. Muchas veces incluso la historia nos muestra cómo estos grandes hombres se enfrentan unos a otros, y así se ha dado el diálogo de Alejandro con Diógenes: ¿Qué quieres de mí? –preguntó Alejandro a Diógenes-. Que te alejes de mí porque me quitas el sol –le respondió Diógenes-. Y dice la historia que Alejandro se fue murmurando: "Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes".

Evidentemente la aparición de hombres extraordinarios en la historia, no está sujeta a ninguna ley. Los genios conductores pueden aparecer en medio de pueblos cuya masa tenga un nivel cultural inferior. La historia es creación de los hombres que saben iluminar el siglo con la marca de su propio carácter y sus propias realizaciones y que se destacan de sus contemporáneos, como una montaña en medio de una llanura. Por eso son grandes.

La historia es también la creación de los pueblos, porque los pueblos sin conductores casi no avanzan en la historia, como tampoco la historia avanza nunca

sin grandes pueblos aunque tengan grandes conductores, porque éstos sucumben por falta de colaboración, a veces por cobardía y a veces por incomprensión. A mí me ha de ser un poco difícil presentar aquí la figura de nuestro gran conductor, porque solamente tengo la elocuencia de una mujer sencilla, de pueblo. Presentarlo a Perón o descubrir su personalidad, es tan difícil como a un poeta o a un pintor querer pintar o descubrir al sol. Para ver cómo es el sol, que salgan y lo vean, y aun viéndolo, se deslumbrarán. Yo, para poder describirlo a Perón, los invito a ustedes a que salgan y lo vean.

Me he preguntado, estudiando un poco a los grandes hombres para poder también estudiar a un hombre extraordinario de los quilates del general Perón: ¿cómo podría remediarse esto de que los grandes pueblos y los genios, no se encuentren en el mismo siglo? Creo que he ha sido posible llegar a una conclusión, conclusión que es más bien producto de un razonamiento lógico, que me ha sido dado por la experiencia de nuestro movimiento en la historia de nuestro pueblo y en la historia del mundo.

Nuestro pueblo ha vivido una larga noche, hasta encontrar a un genio como es el general Perón. Y ha podido mantener sus valores morales y espirituales intactos, para reconocer al genio, apoyarlo, iluminarlo y darle fe con su cariño, con su consecuencia y con su tenacidad constante ante los debates de los intereses más crudos del más rancio capitalismo.

Nosotros, como bien dice nuestro Presidente, podemos jactarnos de que lo mejor que tenemos es el pueblo. La grandeza de Napoleón -volviendo hacia los grandes de la historia universal-, reside no tanto en haber iluminado su propio tiempo como en haber creado en el pueblo un estado de conciencia que ha sobrepasado a su siglo y a su genio. Por eso, a pesar de que Napoleón hizo padecer tanto a los franceses, éstos siguen inclinándose ante su memoria en Los Inválidos. Y lo más importante aun es que siguen sintiéndose unidos a él. Y ese sentimiento, ese estado de conciencia, que por unir a todo un pueblo, puede en cierto modo llamarse conciencia social, es lo que nuestro querido Líder ha logrado; y tenemos nosotros que ayudarle a afianzar la conciencia social que permita que cuando él, el grande, tenga que alejarse de nosotros por la ley de la vida, el pueblo pueda sobreponerse a los hombres de menos quilates -porque no todos son grandes hombres- para imponerles su acción. La doctrina debe estar arraigada en el corazón del pueblo, para que éste pueda hacerla cumplir al más mediocre de todos los gobernantes que pudiera venir. Nosotros estaremos unidos al nombre del general Perón, que, por grande, sobrepasará un siglo. Si no ocurriera así, los argentinos no mereceríamos el calificativo de gran pueblo, por no haber sabido valorar y aquilatar a un hombre de los quilates del general Perón.

Cuando un pueblo tiene la desgracia de quedarse sin su conductor, como decía hace un momento, la verdad histórica nos prueba que solamente puede seguir su camino en la noche sin perderse, si su conductor desaparecido ha logrado

crear en el pueblo esa conciencia social, dándole unidad, que es como decir dándole un ideal común, un mismo espíritu, que es el espíritu que forman y que dejan como un sello permanente e indeleble en los corazones de los pueblos, los grandes conductores. Yo, que tengo el placer de compartir casi todas las horas del día con todos los hombres humildes de mi Patria, puedo casi asegurar desde esta tribuna que el general Perón ha logrado ya esa conciencia social, que ha inculcado en el pueblo argentino.

Nosotros la tenemos que perfeccionar, y para ello no podemos distraer la doctrina del genio para crear caudillos; no podemos distraer la doctrina del conductor, que es la felicidad de todos los argentinos, para favorecer a un grupo. Para favorecernos a nosotros mismos debemos ser amplios, grandes como la doctrina del General, y utilizarla para engrandecer a la Patria; utilizarla para consolidar la independencia económica; utilizarla para lograr la felicidad del pueblo argentino y utilizarla para que por siempre sepan todos los pueblos del mundo que los argentinos somos políticamente soberanos, económicamente libres y socialmente justos.

Esta tribuna se ha abierto para inculcar en todos los peronistas -y yo me alegro que ustedes sean peronistas que están en la lucha- que no se dejen llevar por un entusiasmo pasajero, para que piensen que los pueblos que quieren consolidar un movimiento no tienen más que un hombre grande, y que los grandes hombres no nacen por docenas, ni dos en un siglo; nace uno, y tenemos que bendecir a Dios que nos haya favorecido con el meteoro del genio entre nosotros.

Además, debemos convencernos que no es lo mismo servir a un genio, que servir a un caudillo; que no debemos tomar la política como un fin, sino como un medio para servir al prócer y a la causa. Por lo tanto, nosotros nos debemos sentir apóstoles de la obra y servidores de la causa de un gran hombre.

Los caudillos en nuestro país han utilizado siempre a los hombres humildes y han utilizado sus puestos de lucha para servir a intereses mezquinos o bastardos. Ellos, llegados al poder, han olvidado al pueblo y a veces e incluso lo han desconocido.

Por eso nosotros, los argentinos, y sobre todo los peronistas, que tenemos el privilegio de tener un genio, como yo lo califico desde este momento al general Perón, no nos podemos detener en la baja politiquería de servir a un caudillo, de querer "levantar" hombres, porque ha aparecido en la República Argentina un genio y los genios nacen; no se hacen.

Por tratarse de compañeros que están en la lucha honrosa de hacer conocer nuestra doctrina, de tratar de inculcarla a muchos otros compañeros que luchan por ideales comunes, me he de referir a este punto expresamente en otra clase. Yo nunca me he dejado de preocupar lo suficiente cuando veo a hombres humildes que son utilizados por los políticos en sus intereses mezquinos y bas-

tardos, girando al genio y queriendo vivir bajo su sombra. No se olviden, compañeros y compañeras, que toda luz tiene sombra; tratemos nosotros de ser luz, nunca la sombra.

Como este tema sobre los métodos y la acción en las unidades básicas y su relación con la política mezquina no está dentro del temario de estas clases, cuando terminen estos cursos voy a pedirle al señor director que me permita dar una clase especial sobre esta materia, para los compañeros y compañeras, interpretando y auscultando así los sentimientos de nuestro gran Líder.

Cuenta la historia que uno de los hombres que estuvo más cerca de Napoleón fue Fouché; y nadie se explicaba por qué, siendo Napoleón un genio y un conoedor de hombres, siempre lo tenía tan cerca y lo distinguía. Pero, siendo que Fouché le era desleal, Napoleón lo tenía demasiado cerca porque lo conocía demasiado bien y necesitaba controlarlo.

Tratemos nosotros de estar cerca del corazón del Líder, pero lealmente con nuestro trabajo honrado, luchando y trabajando para llevar agua al molino del líder común, que es llevarla al pueblo y a nuestro movimiento. Nosotros gastamos nuestras energías reconociendo que tenemos un conductor y un maestro, que tenemos un guía y un Líder. Y pensemos que todas las patrias, al crear un símbolo, lo han hecho para mantener su unidad espiritual y nacional. Nosotros, que no hemos tenido que andar por muchos siglos buscando al hombre, como lo buscaba Diógenes; que lo hemos encontrado, porque él ha venido a nosotros, nos ha hablado y nos ha traído sus ensueños patrióticos y sus magníficas realizaciones; nosotros pongámonos entonces a trabajar honradamente, pongamos el hombro y el corazón para que las futuras generaciones de los argentinos puedan decir que esta generación ha sido benemérita para la Patria, porque habiendo encontrado al genio lo supo apoyar y acompañar sin retaceos y sin mezquindades.

Nosotros hemos encontrado al hombre; no tenemos ya más que un solo problema: que cuando el hombre se vaya, como dijo nuestro Líder, la doctrina quede, para que sea la bandera de todo el pueblo argentino.

No ha de ser la aspiración del pueblo argentino -y sobre todo la de nosotros, los peronistas, a quienes me dirijo al hablar en esta clase- la de trabajar con ropa hecha. Nosotros queremos una obra de arte, y las obras de arte no se venden en serie sino que son obras de un artista que las ha creado. Por lo tanto, no se pueden comprar al por mayor ni fabricarlas todos los días.

Nosotros tenemos una obra de arte; sepamos aprovecharla para bien de la Patria; sepamos aprovecharla para nuestros hijos y para todos los que vendrán, y tratemos que los argentinos del mañana no tengan que decir, al hablar de ese hombre que está quemando su vida en aras de la felicidad de la Patria y de su grandeza: ¡Cuánto hicieron sufrir los argentinos, por su incomprensión, a un

patriota! Sobre todo, nosotros, los peronistas que tenemos el insigne honor de compartir la responsabilidad de construir esta Nueva Argentina, debemos abrigar la esperanza y juramentarnos trabajando todos por Perón, por la Patria y por su pueblo.

La historia de los pueblos es, en síntesis, como lo veremos en nuestra próxima clase, la historia de sus luchas por conseguir esta unidad y este espíritu del que estoy hablando, porque los pueblos saben que solamente este espíritu y esta unidad podrán salvarnos de los períodos vacíos en los que la noche cae sin ninguna estrella, aun sobre los pueblos que creyeron alcanzar el privilegio de la eternidad.

Es necesario que repasemos todas estas cosas de la historia universal para entender nuestro movimiento peronista y apreciarlo debidamente. Al pueblo argentino hay que mirarlo a través de sus vicisitudes y también, por qué no decirlo, a través de las vicisitudes de los demás pueblos. Tendríamos que analizar el problema de la conciencia social que nuestro Líder proclamó como necesidad fundamental.

El general Perón hace unos días, al inaugurar el Congreso Interamericano de Seguridad Social, proclamó que él ambicionaba crear una conciencia nacional y que creía que todos los pueblos deberían tratar de lograrla, para que los pueblos, una vez que la tuvieran, pudieran aplicarla a los gobernantes que se desviarán del buen camino, para que cumplieran sus inquietudes y sus esperanzas. Unicamente un hombre sincero y honrado, un gobernante de los quilates del general Perón, puede hablar con esa sinceridad, con la sinceridad de un apóstol. Unicamente el general Perón puede decir, con la frente bien alta, que quiere que el pueblo, en cualquier momento y en todo instante, le señale el camino. El General sólo quiere -cosa rara en este siglo- auscultar los latidos del corazón popular.

Y tendremos que buscar en la historia de los grandes hombres, la unidad que nos permita medir la grandeza de nuestro Líder.

Será éste nuestro primer trabajo. Empezaremos por estudiar la pequeña grande historia de estos años de la revolución peronista. Yo invito a los alumnos de esta escuela superior para que hagan el camino conmigo, aunque yo no pueda guiarlos con toda la ciencia necesaria. Ustedes me podrán perdonar pensando que pongo en este trabajo, que para mí es tan difícil, todo mi amor, mi fe y mi fervor peronista.

Los críticos de la historia dicen que no se puede escribir la historia ni hablar de ella, si se lo hace con fanatismo, y que nadie puede ser historiador si se deja dominar por la pasión fervorosa de una causa determinada. Por eso yo me excluyo de antemano. Yo no quiero, en realidad, hacer historia, aunque la materia se llame así. Yo no podría renegar jamás de mi fanatismo apasionado por la

causa de Perón. Yo solamente quiero hacer lo que dije aquí el día que inauguramos esta Escuela: que aprendamos, si es posible, que aprendamos a querer aun más al general Perón. Eso es lo que voy a hacer y lo confieso honradamente pensando en Perón, en su doctrina y en el movimiento. Desde aquí yo trataré de hacer la historia del peronismo.

Yo quisiera que las compañeras y los compañeros alumnos, en la próxima clase que dictaré en esta Escuela Superior Peronista, quieran hacerme llegar cualquier pregunta para aclarar cualquier punto de vista dentro de las líneas doctrinarias en que hemos encarado estos cursos. Yo voy a hacer aquí la historia del peronismo al servicio de la doctrina, de Perón y de la causa. Puedo tal vez hacerlo porque saben bien todos ustedes los peronistas de la Patria, que Eva Perón, por ser Eva Perón, es una misma cosa con Perón: donde está Perón, está Eva Perón. Y yo pretendo ser eso, porque quiero que cuando vean llegar a Eva Perón ustedes sientan la presencia superior del Líder de la nacionalidad. No ambiciono nada más que comprenderlo en sus inquietudes, en sus sueños y en sus ideales patrióticos. En estos ocho años de mi vida junto al Líder, no he hecho más que auscultar su corazón, para interpretarlo y conocerlo y también para llegar mi pensamiento a los compañeros que luchan por ideales comunes.

Ustedes habrán visto que Eva Perón jamás ha hecho una cuestión personal; y como yo sé que es desgraciado aquel que no se equivoca nunca, porque no hace nada, al equivocarme he reconocido inmediatamente el error y me he retirado, para que no fuera a ser yo la causa de un error que pudiera perjudicar al movimiento.

Así deben ser ustedes, honrados para reconocer cuando se equivocan, y honrados y valientes para hacer llegar, en cualquier momento, a todos los peronistas, la voz sincera, valiente y doctrinaria de nuestra causa. Ha de ser grande la causa del General cuando nosotros, en lugar de someternos y conformarnos con los viejos comités, escuchando la voz del Líder, formamos unidades básicas de la Nueva Argentina en la vida política, tanto en lo que se refiere a los compañeros como a las compañeras.

Pero no nos conformamos con eso los peronistas, porque el general Perón es hombre de creaciones y de realizaciones. Es por eso que se ha creado esta Escuela Superior Peronista, para esclarecer mentes, para que conozcan, sientan y comprendan aún más, si es posible, esta doctrina, de la cual algunos de ustedes serán los realizadores y otros, como dijo nuestro querido Presidente y Líder, los predicadores, que irán por todos los caminos polvorientos de la Patria desparrramando las verdades de esta Nueva Argentina y de un genio al que debemos aprovechar: no se olviden que –según dijo Napoleón– los genios son un meteoro que se queman para iluminar un siglo.

SEGUNDA CLASE DICTADA EL 29 DE MARZO DE 1951

En la primera clase que di en esta Escuela, para demostrar lo que es la historia universal -que no es más que la base de dos historias: la de los grandes hombres y la de las grandes masas-, dijimos que los individualistas creen que la historia se basa solamente en los grandes hombres y que los colectivistas prescindían de los grandes hombres y creen en las grandes masas. Pero nosotros tenemos nuestra tercera posición, y es por eso que yo dije, en mi primera clase, que nosotros aceptábamos a los grandes hombres y a las grandes masas como los que pueden ser los constructores de una gran felicidad y de una gran prosperidad.

En la clase de hoy vamos a analizar cómo se ha escrito la parte de la historia correspondiente a los grandes hombres y vamos a tomar hoy siete puntos para poder desarrollar esta materia de la historia del peronismo que me ha tocado a mí dictar. En esta clase voy a exponer estos siete puntos y después les haré llegar unos trabajos para que ustedes luego me los devuelvan, para que confrontemos la historia universal, sobre distintos puntos, con la historia de nuestro peronismo; o sea, a los grandes hombres de la historia con lo que es nuestro líder, el general Perón, el grande, el genio y el creador de nuestra doctrina peronista.

Existen indudablemente, desde el punto de vista de su relación con la historia, varias clases de hombres comunes o mediocres, hombres superiores y hombres extraordinarios. En esta clasificación no tienen nada que ver ni el origen, ni la clase social, ni la cultura. Existen hombres mediocres y comunes entre los cultos, y existen hombres superiores entre los humildes. Humildes obreros lo han comprendido a Perón como no lo han comprendido los que se creían cultos, y con eso han demostrado los obreros, los hombres humildes de nuestra patria, que eran hombres superiores.

Esto no sucede por primera vez en el mundo. Frente a todos los hombres extraordinarios, lo mismo que frente a las grandes ideas, siempre se han levantado los sabios y los inteligentes para atacarlos, como así los humildes y los menos cultos para apoyarlos. El caso de Colón, un humilde pescador, frente a los sabios de la corte española; el caso de Cristo, a quien los escribas y sacerdotes de aquella época negaron y, en cambio, humildes pecadores lo hicieron conocer por todo el mundo y, además, lo apoyaron.

No puedo resistir a la tentación de analizar un poco este tema de comparación de los hombres mediocres y comunes con los hombres superiores, sobre todo porque yo aspiro a que cada peronista sea un hombre superior. No digo que alcance a ser genial, porque los genios no nacen todos los días ni en todos los siglos; pero sí ambiciono a que lleguen a ser hombres superiores, y es por eso

que nosotros queremos es esta Escuela hacer una diferencia entre el hombre superior, el mediocre y el extraordinario, o sea el genio.

Nosotros, por sobre todo, tenemos al genio. Los peronistas contamos con los hombres –y al decir hombres incluyo también a las mujeres- superiores.

Y el pueblo argentino, como todos los pueblos, por desgracia tiene también los mediocres y hombres superiores que hoy vamos a tocar más profundamente. Se entiende, vuelvo a decir, que al hablar del hombre me refiero también a la mujer. Los mediocres no recorren sino caminos conocidos; los superiores buscan siempre nuevos caminos. A los mediocres les gusta andar sobre las cosas hechas; a los superiores les gusta crear.

Los mediocres se conforman con un éxito; los superiores aspiran a la gloria, respiran ya el aire del siglo siguiente y viven casi en la eternidad. Un pintor que suele copiar cuadros y otro pintor que crea, por ejemplo, uno es un hombre superior, el segundo, y el otro es un hombre mediocre; por eso al creador se lo define con el título de artista.

Los mediocres son los inventores de las palabras prudencia, exageración, ridiculez y fanatismo. Para ellos el fanatismo es una cosa inconcebible. Toda nueva idea es exagerada. El hombre superior sabe en cambio que el fanático puede ser un sabio, un héroe, un santo o un genio, y por eso lo admira y también lo acepta y acepta el fanatismo.

Para un hombre superior, una idea nueva puede ser un descubrimiento de algo grande, por ejemplo un mundo nuevo, como el mundo que descubrió Colón, un hombre de origen tan sencillo. Un hombre común o mediocre nunca profundiza una cosa y menos ama; el amor para él es una ridiculez y una exageración. Un hombre superior, en cambio, es capaz de amar hasta el sacrificio. Muchas veces, cuando los hombres aman hasta el sacrificio, son más heroicos. Yo, al ver que hombres humildes de la patria quieren tanto a Perón y hacen sacrificios tan grandes, pienso que estamos seguros, porque la bandera del pueblo, o sea la de Perón, la de los descamisados, está en manos superiores.

Es por eso que nosotros debemos hacer una diferencia muy grande entre el mediocre y el superior. No porque un hombre tenga mucho estudio ha de ser superior. Hay que hacer mucha diferencia entre los de gran cultura que creen que lo saben todo, porque algunos tienen también la soberbia del ignorante, que es la más peligrosa de todas.

Los mediocres nunca quieren comprometerse, y de éstos nosotros conocemos a muchos. Son cobardes, nunca se juegan por una causa, ni por nadie; dirigentes políticos de las horas buenas y aprovechadores cuando el río está revuelto. Yo diría, funcionarios de esos, por ejemplo, que usan el distintivo solamente cuando van a Trabajo y Previsión. No alcanzan a ser Judas, pero son tan repudiables,

que nosotros les llamaríamos Pilatos. Yo prefiero el enemigo de frente a un "tibio", será porque los tibios me repugnan, y voy a decir aquí algo que está en las Escrituras: "Los tibios me dan náuseas".

Yo admiro más bien a los hombres enemigos, pero valientes. Hay que tener mucho cuidado con los Pilatos dentro de nuestra causa.

Dante ubicó a los mediocres, a los que no quisieron comprometerse ni con el bien ni con el mal, junto a los ángeles, que no fueron ni fieles ni creyentes, pues se dice que una vez los ángeles en el cielo se pelearon. Unos estuvieron a favor de Cristo y otros en contra. Entonces, Dios, a los que estuvieron a favor los mandó a la gloria y a los otros al infierno. Pero hubo uno de los ángeles, de esos que abundan tanto, que no se comprometió; observador. Entonces Dios no lo podía poner en la gloria, ni tampoco en La Divina Comedia -voy a hacer una referencia-, al ponerlo a la entrada, dice Dante a Virgilio, que lo conduce: "Mira y pasa", como diciéndole: "No vale la pena detenerse ante los que no quisieron ni el cielo, ni tampoco los aceptó el infierno". El eterno castigo de los mediocres es el desprecio. Y nosotros, además del desprecio, debemos ignorarlos. A los mediocres los mata el anonimato. "Los mediocres -dice Elliot en su libro El Hombre -son los enemigos más fuertes y más poderosos de todo hombre de genio". Carecen de entusiasmo, de fe, de esperanza y, como es lógico, de ideales. Son los que se reían de los sueños de Perón, que lo creyeron loco o visionario. Otros hombres superiores creen en la belleza, en el amor y en la grandeza, creen en todo lo extraordinario; por eso creyeron en Perón. Por cada día que pasa nosotros nos damos cuenta de la estatura del general Perón.

El general Perón es de esos hombres extraordinarios que profundizan la historia universal. Nosotros nos damos cuenta que tiene todo lo bueno de los grandes hombres y que no tiene nada malo de los grandes hombres. Es por eso que los hombres humildes de nuestra Patria -que yo voy a calificar de hombres superiores de nuestra Patria, porque fueron superiores- vieron a Perón y creyeron en él. Y es por eso que el general Perón, con muy pocas palabras, ha calificado a esos hombres superiores, a esos hombres humildes de nuestro pueblo, diciendo que lo mejor que tenemos es el pueblo.

Los hombres extraordinarios forman la tercera categoría, que es la de los hombres que señalan rumbos y que jalonan la historia. Ellos son los sabios, artistas, héroes, filósofos, y están también los grandes conductores de pueblos. A nosotros nos interesan, sobre todo y muy especialmente, los filósofos y los conductores. Los filósofos son los que han pensado en mejorar los medios de vida del hombre sobre la tierra. Pero tenemos en cierto modo una filosofía de la vida nueva, ya que por filosofía nosotros entendemos una manera de encarar la vida y algunos hombres extraordinarios se han creído y han enseñado a la humanidad cómo se puede vivir, y de una manera mejor. Estos hombres extraordinarios son los filósofos. Cuando los filósofos han tratado no sólo el problema personal, individual, del hombre, sino todos los problemas sociales del Estado, la

autoridad, la sociedad, el bien común, etc., entonces a este tipo de hombres extraordinarios la filosofía los llama filósofos políticos.

Conductores. Para nosotros los conductores, tal como nos enseña Perón, son aquellos que han hecho vivir a los pueblos de una manera determinada, llevándolos como de la mano por los caminos de la historia.

Es esto lo que ha hecho el general Perón con nosotros. Tomó el país en un momento en que los argentinos habíamos perdido la esperanza, en un momento en que los argentinos habíamos llegado a adoptar ciertos sistemas de vida, porque los creíamos bien, porque los creíamos mejor, porque los argentinos, cuando iban a comprar y encontraban "made in England", estaban mucho más contentos que cuando decía "Industria Argentina". Y llegó el momento en que el pueblo había perdido la esperanza de encontrarse a sí mismo, llegó el momento en que las fuerzas del trabajo, los obreros de nuestra patria, habían también perdido la esperanza de un futuro mejor; llegó el momento en que, en el país, sus fuerzas morales, materiales y culturales se estaban perdiendo en una noche que no tenía aurora.. En ese momento llegó el general Perón; en esa noche llegó el general Perón, y con una voluntad extraordinaria, con una clarividencia extraordinaria y con un profundo amor a su patria y a su pueblo, fue abriendo la selva y señalando el camino por el que el pueblo argentino lo iba a seguir para encontrarse con este venturoso día que estamos viviendo todos los argentinos y que tenemos que consolidar y legar a los argentinos del mañana. Para eso no sólo hay que gritar: ¡Viva Perón!; para eso hay que comprenderlo, para eso hay que profundizarlo y para eso hay que amar profundamente a la Patria y a las fuerzas del trabajo, que es amarlo a Perón.

¿Por qué nos interesan a nosotros los filósofos, los políticos y los conductores? ¿Qué tienen que ver con la historia del peronismo?, dirán ustedes. Esta es mi segunda clase y yo sigo hablando con persistencia sobre este asunto porque el peronismo no se puede entender, ya que es una doctrina política, sino como la cumbre de un largo camino, como una etapa, la más alta para la historia argentina, y también -¿por qué no decirlo?- nosotros pretendemos que sea la más alta para la humanidad en el progreso del hombre, y no se puede saber si una cumbre es más alta o más baja, si no se la compara precisamente con las demás, con las otras cumbres, con las más altas.

Por eso estudiamos estos antecedentes universales con los cuales sabremos nuestra propia estatura.

El Peronismo se precia de haber realizado, como yo lo dije hace un momento, lo mejor de los sueños de los hombres grandes y aun por qué no decirlo con toda franqueza y sinceridad, si ése ha de ser el lema de nuestra escuela- el haberlos superado.

El Peronismo realiza los mejores ideales de los filósofos y conductores de todos los tiempos, y para eso no hay más que estudiarlo, y ustedes me darán la razón.

De Sócrates, por ejemplo –el filósofo humilde de Atenas- ha tomado el peronismo el deseo de que los hombres sean justos y buenos; como Sócrates, el peronismo predica la igualdad y la hermandad entre los hombres y el respeto a las leyes, y aspira a una sola clase, que nosotros llamamos la clase de los que trabajan.

De Platón y de Aristóteles desechamos los conceptos de clases y de esclavitud que ellos aceptaban, pero, en cambio, aceptamos lo mejor de ellos: sus altos conceptos de la justicia como virtud fundamental del hombre que vive en la sociedad y, como ellos, creemos y sostenemos en la doctrina y en la práctica, de que por sobre la materia lo superior es el espíritu.

Se ha dicho mucho de nuestro movimiento que es materialista. Nada es más falso. ¿O es que nuestros enemigos son tan cobardes que no quieren, tal vez por vergüenza –y en esto tienen razón- ver que tenían sumergido a nuestro pueblo por una explotación, que además de vergonzosa, no era digna de los argentinos, porque no sólo los habían explotado materialmente sino espiritualmente, ya que no les permitieron descubrir sus propios valores y sus propias posibilidades? ¿Es que no son capaces de reconocer que en 50 años, por no decir un siglo, habían sumergido a nuestro pueblo? ¿Es que el general Perón, como conductor, como patriota y, sobre todo, como argentino y como hombre que ama profundamente al hombre, no iba a solucionar un problema apremiante como era el problema –si bien es cierto material- de la familia? Por eso, el entonces coronel Perón, desde la secretaría de Trabajo y Previsión tomó para sí la ardua tarea de resentir, tal vez, a los poderosos, no tanto por su doctrina, sino porque les tocó un poco en sus intereses, les tocó el bolsillo, que es la "víscera" que más les duele. Además, les hizo sentir que en nuestra patria debían tratar a todos los argentinos con la dignidad que merecen por el solo hecho de llevar el egregio apellido de argentinos.

Es por eso que se atreven a decir todavía que nuestro movimiento es materialista, y ustedes, hombres y mujeres humildes, pero superiores, saben que nuestro movimiento es eminentemente espiritual porque se basa en la moral y exalta los valores morales del individuo y está por sobre la materia.

Uno de los propulsores del peronismo, para nosotros –sobre todo después de haber escuchado las palabras del general Perón los otros días- es Licurgo. He leído con gran cariño la vida de Licurgo, no precisamente porque me haya tocado el privilegio inmerecido de dictar esta clase sobre historia del peronismo, sino porque siempre me ha interesado la historia de los grandes hombres y porque Licurgo ha sido un personaje que hay que estudiar y comprender, ya que cuanto más se lo lee más se lo admira.

Remontándonos a la antigüedad y observando un hombre que trabajaba ya con un sentido tan justicialista, es por lo que el general Perón dijo los otros días que Licurgo fué quien realizó, tal vez por primera vez en el mundo, el ideal peronista que establece que la tierra debe ser de quien la trabaja. Es así como Licurgo repartió la tierra de los espartanos en partes iguales; y se dice que en los tiempos de cosecha, Licurgo comentaba, al ver todas las parvas iguales, que parecía que la Laconia era una herencia que se había repartido entre hermanos, porque todas las parvas de toda la Laconia eran iguales.

Y más aún: para terminar con otra de nuestras preocupaciones fundamentales, de que existieran menos pobres y menos ricos, hizo desaparecer el dinero, realizando, también en eso, una revolución económica. Hizo acuñar monedas de hierro, porque de esa manera se terminaba con la codicia y la avaricia. Asimismo, para destruir el distingo de clases, dictó una ordenanza que obligaba a que todas las puertas fueran iguales, tanto en las mansiones señoriales como en las humildes casas.

Por eso es que nosotros vemos en Licurgo tal vez al primer justicialista que haya tenido la humanidad. Pensamos también que precursores del peronismo fueron, sin duda, otros hombres extraordinarios de la jerarquía de los filósofos, de los creadores de religiones o reformas sociales, religiosas o políticas, y también de conductores. Y yo digo precursores del peronismo, porque como dije antes, nosotros hemos aceptado de las doctrinas y de los grandes hombres – digo nosotros, queriendo decir nuestro conductor, porque Perón ya nos pertenece a todos los argentinos que lo hemos comprendido, que lo apoyamos, y, como somos una gran familia, lo que hace Perón es de todo lo bueno que tienen. Pero lo grande de Perón, es que ha tomado de cada doctrina los conceptos humanos, los conceptos de la seguridad social, los conceptos del respeto a las leyes, los conceptos de la igualdad y de una sola clase. El es un creador; cuanto más leemos la doctrina; cuanto más estudiamos a los hombres, más nos damos cuenta de que estamos frente a un hombre extraordinario, un creador que no tiene nada que envidiar a los grandes creadores de la humanidad. Yo diría que ningún hombre de este tipo puede dejar de considerarse, en cierto modo, de cerca o de lejos, propulsor de una doctrina. Por eso, en este marco de grandes, podríamos colocar a Confucio, a Alejandro, a Santo Tomás, a Rousseau, a Napoleón, e incluso a Marx, aunque en algunos casos no hayan sido más que alentados por las intenciones del bien común. Todos ellos no son más que jefes de rutas de la humanidad, jefes de ruta que algunas veces equivocaron el camino, pero que por sendas derechas o torcidas vienen de muy lejos a terminar en nuestra doctrina y nuestra realidad magnífica que nos da Perón. Fueros creadores, y no fueron de ese grupo numeroso que les gusta andar sobre las cosas hechas; fueron del grupo pequeño de los que les gusta crear.

Para tomar un poco la doctrina religiosa, vamos a tomar la doctrina cristiana y el peronismo, pero sin pretender yo hacer aquí una comparación que escapa a mis intenciones. Perón ha dicho que su doctrina es profundamente cristiana y

también ha dicho muchas veces que su doctrina no es una doctrina nueva; que fue anunciada al mundo hace dos mil años, que muchos hombres han muerto por ella, pero que quizá aun no ha sido realizada por los hombres.

Yo quisiera que ustedes profundizaran bien esta última frase, porque así comprenderían, y veríamos más claro muchos puntos que a veces no comprendemos. No está en mi ánimo hacer comparación alguna entre la figura de Cristo y la de Perón; por lo menos yo no lo pretendo al decir estas palabras, pero debemos recordar algo que dijo Perón no hace mucho y fue esto: "Nosotros, no solamente hemos visto en Cristo a Dios, sino que también hemos admirado en él a un hombre. Amamos a Cristo no sólo porque es Dios; lo amamos porque dejó sobre el mundo algo que será eterno: el amor entre los hombres".

Yo pienso que si hay un hombre que ama a los hombres, si hay un hombre humilde, generoso y extraordinario, dentro de su sencillez, ése es el general Perón, porque Perón no sólo es grande por su independencia económica, no sólo es grande por su justicia social, y por lo bien alto que mantiene su soberanía, no declamada como antes, cuando la entregaban por cuatro monedas al mejor postor, sino una soberanía que se mantiene en los hechos.

Perón no es grande solamente por eso, ni por haber creado su gran doctrina. Perón es grande también en sus pequeños detalles. Yo le oí decir no hace mucho al doctor Mendé, en un comentario que me hizo hablando conmigo, porque conversamos muy a menudo -y sobre que otro tema se puede hablar conmigo que no sea el del General-: "Cuando a mí me llamaron para ser ministro de Perón, tuve un poco de miedo. Lo había idealizado a Perón y pensé si no sería cierto eso que decía Napoleón, de que ningún hombre es grande para su ayuda de cámara". "Después de un año tengo que decir que Perón es tan grande que lo es para su ayuda de cámara. Y nosotros los ministros, ¿qué somos sino un ayuda de cámara de Perón? Somos tan pequeños dentro de su grandeza que yo puedo afirmar que Perón ha superado eso que no ha superado ningún gran hombre". Es que Perón es humilde hasta en sus pequeños detalles.

Pero volviendo al cristianismo. Nosotros los peronistas concebimos el cristianismo práctico y no teórico. Por eso, nosotros hemos creado una doctrina que es práctica y no teórica. Yo muchas veces me he dicho, viendo la grandeza extraordinaria de la doctrina de Perón: ¿Cómo no va a ser maravillosa si es nada menos que una idea de Dios realizada por un hombre? ¿Y en qué reside? En realizarla como Dios la quiso. Y en eso reside su grandeza: realizarla con los humildes y entre los humildes.

En medio de este mundo lleno de sombras en que se levanta esta voz justicialista que es el peronismo, pareciera que la palabra justicialista asusta a muchos hombres que levantan tribunas como defensores del pueblo, mucho más que el comunismo. Yo pensaba estos días, en una conferencia que me tocó presidir, si el mundo querrá la felicidad de la humanidad o sólo aspira a hacerle la jugada

un poco carnavalesca y sangrienta de utilizar la bandera del bien para intereses mezquinos y subalternos. Nosotros tenemos que pensar, y llamar un poco a la reflexión a la humanidad, sobre todo a los hombres que tienen la responsabilidad de dirigir a los pueblos. A mi juicio el carnaval no tiene más que seis días al año, y, por lo tanto, es necesario que nos quitemos la careta y que tomemos la realidad, no cerrando los ojos a ella, y que la veamos con los ojos que la ve Perón, con los ojos del amor, de la solidaridad y de la fraternidad, que es lo único que puede construir una humanidad feliz. Para ello, es necesario que no le hagamos la sangrienta payasada que le han hecho los "defensores" del pueblo a los trabajadores. Por ejemplo durante 30 años se han erigido en defensores de ellos y han estado siguiendo a un capitalismo cruento, sin patria ni bandera, y cuando una persona de América levantó la voz para pedir la palabra justicialista, se escandalizaron como si se hubiera pronunciado la peor de las ofensas que se puedan decir.

Yo soy una mujer idealista. He abrazado con amor la causa del pueblo y en eso tengo que dar gracias a Perón y a Dios por haberme iluminado bastante joven, como para poder ofrecer una vida larga al servicio de la causa del pueblo, que, por ser la causa del hombre, ha de ser una causa superior. Como mujer idealista y joven, entonces, no podía aceptar y me daba náuseas –como decía Cristo– que hombres tibios, pero cobardes, no sostuvieran con la sinceridad, con el honor y con el espíritu de sacrificio que hay que sostener la verdadera bandera que es la de la felicidad y la de la seguridad mundial.

Es por eso que cada vez que trato más a los hombres, amo más a Perón. Me refiero a los hombres que se erigen en dirigentes y que son falsos apóstoles; que lo único que quieren es llegar, para, después de llegar, traicionar. Por eso, cuando veo en este mundo de sombras y de egoísmo, que se levanta la voz justicialista de nuestro peronismo, me acuerdo siempre de aquello que dijo León Bloy: "Napoleón es el rostro de Dios en las tinieblas". Para nosotros, acepto esta frase por lo que significa, y haciéndole un poco de plagio a León Bloy, digo que para nosotros –y con mucha justicia y gran certeza– Perón es el rostro de Dios en la oscuridad, sobre todo en la oscuridad de este momento que atraviesa la humanidad.

Perón no sólo es esperanza para los argentinos. Perón ya no nos pertenece; Perón es bandera para todos los pueblos con sed de justicia, con sed de reivindicaciones y con sed de igualdad. Yo he podido comprobar cómo nos envidian muchos porque lo tenemos a Perón; cómo nos quieren otros por lo mismo y cómo disfrutan otros en que haya tantos malos argentinos, creyendo que los malos argentinos serán más y que lo dejarán pasar a Perón, para poder cumplir ellos su política de imperialismo, ya sea de derecha o de izquierda. Los que las disfrutan son las fuerzas del mal en esta Argentina en que los argentinos nos sentimos orgullosos, pero no como antes, por una cuestión de novelería, porque no éramos argentinos con dignidad. Hoy somos argentinos en toda la extensión de la palabra. Somos los argentinos que soñaron los patriotas de ayer, somos los

argentinos ya reivindicados, a quienes ha colocado en el sitio de privilegio, el genio, el creador, el conductor, el guía: el general Perón.

Después de efectuar estas incursiones por la filosofía universal de la historia para hacer las comparaciones doctrinarias con nuestra doctrina y con nuestro Líder, el general Perón, es que, en esta materia de la Historia del Peronismo, he querido que ustedes lo comprendan bien a Perón. Yo no puedo descubrirles a Perón, porque, como bien dije hace poco, si un poeta quisiera cantarle al sol o un pintor pintarlo, yo los consideraría locos. Al sol no hay que cantarle ni pintarlo: hay que salir a verlo y, aun viéndolo, uno se deslumbra. Yo invito a ustedes a que salgan a ver a Perón, a que lo conozcan profundamente: se deslumbrarán, pero cada día lo amarán más entrañablemente y rogarán a Dios para que podamos obtener de este hombre extraordinario el mayor provecho posible para el bienestar y engrandecimiento de nuestra patria y de su pueblo.

Y cuando el general Perón se haya ido definitivamente en lo material, no se habrá alejado jamás del corazón de los argentinos, porque nos habrá dejado su obra y nos acompañará siempre su presencia superior.

Hasta la próxima clase.

TERCERA CLASE DICTADA EL 5 DE ABRIL DE 1951

En la primera clase dije que la historia universal era la historia de los grandes hombres y de las masas humanas que se llaman pueblo.

En la segunda clase hemos hablado en líneas generales acerca de lo que han significado en la historia del mundo algunos de los grandes hombres.

Como primeras conclusiones yo podría decir:

1º) Que ningún hombre extraordinario puede dejar de considerarse precursor de nuestro movimiento peronista.

2º) Que el peronismo ha tomado lo mejor que han concebido a través de la historia humana los filósofos y los conductores. El peronismo, no sólo lo ha realizado sino que los ha superado.

Estas son las conclusiones, a mi juicio, de lo hablado en las clases anteriores, las que se pueden comprobar con los hechos.

Lo que los filósofos y conductores querían era la felicidad de los pueblos. Ningún pueblo ha sido tan feliz como lo es el pueblo argentino en este momento, gracias a Perón y a su doctrina.

Esto es en síntesis lo que hemos tratado en las dos clases anteriores.

Ustedes perdonarán que haga un comentario –antes de entrar al tema de hoy– acerca de la felicidad que hoy tienen los argentinos.

Nadie puede negar que nuestro pueblo es extraordinariamente feliz. El pueblo tiene lo que quiere. No hay inseguridad en el porvenir puesto que trabajan todos los que quieren. Los pueblos amenazados no son felices porque no están seguros.

Voy a traer un recuerdo de mi viaje por Europa. Al pasar por Francia, Italia, países con pueblos maravillosos, veía que éstos se hallaban angustiados, precisamente, porque pensaban en el porvenir. Es que ellos, que formaban una generación que había sufrido dos guerras, veían que de la noche a la mañana podían ser arrastrados a otra guerra sin consultárseles siquiera. Por eso es que, cuando yo andaba por las calles, tanto en Francia como en Italia no se oía más que un solo grito: "Queremos ir a la Argentina de Perón". Ese grito, que podría parecer intrascendente, es importantísimo, máxime tratándose de pueblos tan lejanos y con una civilización tan grande, porque veían a la Argentina como la meta de sus sueños, de su seguridad y de sus esperanzas en un porvenir mejor.

Esas palabras, que no eran dichas por algunos sino que eran el clamor de todos los trabajadores, me hizo pensar muy profundamente en la obra extraordinaria que realizaba el General, y que había traspasado las fronteras de la patria para hacerse bandera y estandarte de los pueblos trabajadores.

Yo creo que hay muy poca justicia en el mundo. En muchos países existe -no lo dudo- una justicia individual, pero esa justicia es incompleta, porque no interviene todo el pueblo en la solución de los graves problemas que afectan a los trabajadores y a los humildes, que forman la mayoría de los pueblos.

Solamente aquí los trabajadores viven seguros de que su patria es justa para ellos y saben que hay justicia para todos. Esa es una base fundamental para la felicidad.

Yo sé que no son éstas todas las razones que hacen feliz al pueblo argentino. Pero sé que el pueblo argentino es muy feliz, y no voy a enumerar todas las razones de esa felicidad porque el tiempo es corto. Lo veo, por ejemplo, cuando salimos con el General. Veo cómo se extienden los brazos para abrazar al General y cómo gritan su nombre con cariño. Cuando vivo esos momentos pienso que, si nuestros adversarios viesan, recién entenderían las razones de este vínculo entre Perón y su pueblo. Cuando miro a Perón, me siento pueblo y por eso soy fanática del General; y cuando miro al pueblo, me siento esposa del General y entonces soy fanática del pueblo.

Cómo no voy a serlo, cuando veo que el pueblo lo quiere tanto a Perón y para mí Perón es lo único que alienta mi propia vida y por él estoy dispuesta a entregar todos mis esfuerzos, para colaborar en la obra ciclópea de nuestro gran Presidente y conductor.

Ustedes perdonarán mi largo prólogo; yo no siempre puedo resistir a la tentación de hablar del General.

Vamos a hablar hoy de la historia de los pueblos como antecedente fundamental de la historia peronista. En nuestro movimiento hay dos elementos fundamentales; el General nos ha enseñado a llamarlos elementos de la conducción: son el pueblo o la masa, y el conductor. Muchas veces pienso que si el General hubiese nacido en otro lugar del mundo, no hubiera podido manifestarse lo extraordinario de su genio, porque le hubiera faltado un pueblo como el argentino para conducir. Nuestro pueblo es indudablemente extraordinario. Yo no quiero entretenerme hablando de este tema, pues tendría que tomar varias horas para ello, pero les prometo dedicar especialmente una clase al pueblo argentino. Sin embargo, no puedo menos de recordar una cosa grande que solamente puede explicarse por la grandeza de nuestro pueblo, capaz de concebir y realizar un 17 de Octubre. Para hacer lo que los descamisados hicieron, se necesitaban dos cosas: un prisionero como Perón y un pueblo como el nuestro para libertarlo.

Lo que dije yo cuando hablaba de la historia de los grandes hombres, tengo que repetirlo hoy al referirme a la historia de los grandes pueblos. Ustedes dirán: para qué estudiar la historia de los grandes pueblos si a nosotros solamente nos toca estudiar, en nuestra materia, la historia del peronismo. Es que tenemos que comparar lo que es nuestro pueblo con relación a otros grandes pueblos de la humanidad que nos han precedido. Para llegar a esto que hoy es nuestro pueblo, la humanidad ha hecho muchos y grandes sacrificios y numerosos intentos, y cada intento ha dejado a los hombres una lección y una experiencia. Podemos así decir, entonces, que la historia del peronismo es como la historia del mundo; es la suma de dos historias: la de Perón, que es el hombre extraordinario, y la de nuestro pueblo, que es un pueblo extraordinario. Y así como la grandeza de Perón no se puede medir sino comparándola con la grandeza de los hombres extraordinarios que lo precedieron, tampoco puede medirse lo que ha hecho y lo que es el pueblo argentino, si no apreciamos primero lo que han hecho otros pueblos en el afán de ser lo que somos: un pueblo libre.

Es por eso que voy a remitirme un poco a la historia universal para hacer una comparación de las esperanzas, de las inquietudes y de los afanes de grandes pueblos en busca de su propia felicidad. La historia de los pueblos no es más que la larga enumeración de los esfuerzos con que las masas humanas tratan de convertirse en pueblos. Este punto merece una aclaración especial, puesto que yo tengo un punto de vista con el cual creo que todos ustedes coinciden, en cuanto a la distinción de masa y de pueblo.

El hombre civilizado se diferencia del hombre salvaje en una sola cosa fundamental: el hombre salvaje no tiene conciencia de su dignidad de hombre; es como si no tuviese alma humana; no tiene personalidad. El hombre civilizado tiene conciencia de su dignidad, sabe que tiene un alma superior y, sobre todas las cosas, se siente hombre. La misma relación podemos establecer entre la masa y el pueblo. Las masas no tienen conciencia colectiva, conciencia social; los pueblos son, en cambio, masas que han adquirido conciencia social. Es como si los pueblos tuviesen alma, y por eso mismo sienten y piensan, es decir, tienen personalidad social y organización social.

Vamos a tomar un ejemplo. Napoleón decía que un ejemplo lo aclara todo. El pueblo espartano: en Esparta tenemos bien claro el ejemplo de pueblo y de masas. Podemos decir con justeza que los espartanos constituyeron un gran pueblo. ¿Por qué? Porque tuvieron las tres condiciones características de los pueblos: conciencia social, personalidad social y organización social. Tenían conciencia social porque cada uno se sentía responsable del destino común. Eso fue lo que le hizo decir a Licurgo: "no está sin muros la ciudad que se ve coronada de hombres y no de ladrillos". Tal era el grado de conciencia social o conciencia colectiva que tenían los espartanos, que cuando alguien dijo a un rey de Esparta que Esparta se había salvado porque sus reyes sabían matar, el rey contestó: No; Esparta se ha salvado porque su pueblo sabe obedecer. Mejor podríamos decir, que porque tenía conciencia colectiva, personalidad y organización social.

Individualmente, los espartanos tenían personalidad de pueblo y organización social. Pero esto vale solamente para el núcleo de ciudadanos de Esparta constituido por los espartanos que, como habíamos dicho, en los tiempos de Licurgo eran solamente nueve mil. Ellos eran todos iguales ante la ley, participando en el Gobierno y en las asambleas mensuales del pueblo. Ese era el pueblo espartano. Pero frente a los espartanos, podemos oponer a la masa de los ilotas, que sumaban más de 200.000 y estaban excluidos por los espartanos: constituían una masa. ¿Por qué? Porque no tenían la condición de pueblo, al no tener conciencia social, ni organización social, ni personalidad social. Ellos eran los excluidos de Esparta. Los espartanos les prohibían reunirse, llevar armas, salir de noche y como se multiplicaban, terminaron por autorizar a los jóvenes a la cacería de ilotas un día al año.

Consecuencia del ejemplo: el cuadro que nos presenta Esparta, nos hace ver el gran ejemplo del hombre, de la humanidad, que ha concebido, a través de los años, una lucha para convertirse en pueblo, para pasar de la esclavitud a la libertad, de la explotación a la igualdad y de ser un animal de trabajo, a sentirse y ser hombre.

Yo podría hacer una diferenciación fundamental ante ustedes, de lo que es masa y de lo que es pueblo, como lo he dicho anteriormente: Masa: 1º, sin conciencia colectiva o social; 2º, sin personalidad social, y 3º, sin organización social. Esto es, para mí, masa. Pueblo: 1º, con conciencia colectiva y social; 2º, con personalidad social, y 3º, con organización social.

Podríamos ofrecer una enumeración secundaria para definir la masa. La masa casi siempre se expresa en forma violenta: tomemos por ejemplo la revolución francesa y la revolución rusa de 1917, que luego estudiaremos. La masa está formada por los explotados. La masa no tiene conciencia de su unidad. Por eso es dominada fácilmente por los explotadores. Y eso se explica muy fácilmente. Si tuviera conciencia de su unidad, de su personalidad social y de su organización social, una minoría no podría haber explotado a la masa, como han sido explotados y lo siguen siendo muchos pueblos en la humanidad.

En la masa no hay privilegiados. Por ejemplo, tomando algunas diferencias secundarias, diremos que el pueblo siente y piensa; el pueblo expresa su voluntad en forma de movimiento bien orientado, firme y permanente. Podemos tomar por ejemplo al pueblo judío, como una expresión de pueblo.

El pueblo judío, que estuvo dos mil años disperso por el mundo, ha luchado orgánicamente, con una conciencia tan adentrada de pueblo, que ha conseguido el milagro de formar nuevamente su país en la tierra de la que fuera arrojado hace dos mil años. Eso es lo que permanece, cuando los hombres luchan organizados, con conciencia y con personalidad de pueblo. Ese es un ejemplo muy interesante. La Revolución de Mayo, la revolución americana en general y otras

revoluciones, también demuestran lo que son pueblos con conciencia y personalidad.

El pueblo está constituido por hombres libres; el pueblo tiene conciencia de su dignidad, por eso es invencible y no puede ser explotado cuando es pueblo. En el pueblo todos tienen iguales privilegios; por eso, no hay privilegiados. Todo movimiento que aspire a hacer la felicidad de los hombres, debe tratar de que éstos constituyan un verdadero pueblo. Esa es la historia de los pueblos, en cuyo largo camino las masas han luchado por alcanzar la gran dignidad de llamarse pueblos.

La historia del peronismo es ya una lucha larga de siete años para conseguir que una masa sufriente y sudorosa –como tantas veces la llamó el coronel Perón– se transformase en un pueblo con conciencia social, con personalidad social y con organización social. Recuerden ustedes cuántas veces el general Perón habló a los obreros, a los industriales, a los comerciantes, a los profesionales, a todos, diciéndoles que debían organizarse. Es que nuestro gran maestro, conductor y guía, el General, pensó que para que nuestro movimiento fuera permanente era necesario que esa masa sufriente y sudorosa pasase a ser pueblo con personalidad propia. Perón quiere un pueblo que sienta y que piense, que actúe bien orientado; por eso le señaló tres grandes objetivos: justicia social, independencia económica y soberanía política. Perón quiere un pueblo unido, porque así nadie lo explotará ni será vencido por ninguna fuerza del mundo. Perón quiere un pueblo en el que todos sean privilegiados.

Vamos a pasar a nuestro tema, porque si yo empezara a hablar del General tendría que decir tantas cosas como las que él quiere para los argentinos, que el tiempo me sería corto.

Es interesante que señale algunos episodios de la historia a través de los cuales puede verse a las masas luchar para convertirse en pueblo. No consideraremos más que algunos pocos de ellos, porque tenemos medido el tiempo. Pero desde ya podemos afirmar, como cuando hablé de los grandes hombres, que todo movimiento popular realizado en la historia no puede dejar de ser para nosotros, en alguna forma, precursor del movimiento peronista, que es eminentemente popular. En tal sentido, debemos decir que la lucha de los pueblos ha sido una lucha sorda y larga, tanto que casi la historia no la recuerda. Porque la historia ha sido escrita no para las masas sino, en general, para los privilegiados de todos los tiempos. Y esto nos lo explicaremos muy fácilmente, porque cuando alguna vez la historia nos habla de esas luchas es solamente para mencionar la generosidad de algún filósofo, político o reformador, y por eso sabemos cuál era la triste condición en que vivían antes. Así es alabado Solón en Atenas, porque prohibió que los acreedores vendiesen a los deudores, y por eso sabemos que antes de él los acreedores vendían a los deudores. Pero no se habló del escarnio antes de Solón, porque lo que han querido en la historia es exaltar la generosidad de un hombre y no descubrir la situación de un pueblo.

La historia, por hacer las alabanzas de Solón, nos hace conocer, sin querer, la historia de las masas sometidas a la más denigrante tiranía. Aunque las masas de todos los tiempos han hecho la historia sin escribirla nunca.. Ningún pueblo mandó escribir su propia. Sin embargo, casi ningún rey dejó de cuidar este detalle, tal vez más para justificarse ante la historia que para decir la verdad, y a veces –por qué no decirlo- para escribir sus propias alabanzas y la de sus hombres.

Por eso no conocemos la lucha de los pueblos antiguos y sí conocemos la gloria de los emperadores y de los reyes, como en el caso de los egipcios. Cada pirámide es un capítulo de historia. Es el relato de la vida misma de una dinastía. Pero, nadie escribió jamás la historia de todos los dolores que cada dinastía hizo sufrir a sus masas para construir sus propias glorias y alabanzas. Pero nosotros, en cada una de esas piedras en que está escrita la historia de cada dinastía con sus glorias y esplendores, vemos y vislumbramos el sacrificio, la explotación y el sufrimiento de esa masa.

Cuando visité París, me impresionó profundamente la tumba de Napoleón. Recuerdo que hasta un canillita de París me dijo: "¿No ha visto usted a Napoleón?" El pueblo francés no olvidará jamás a su emperador, a pesar de lo que lo hizo sufrir. Para los franceses, Napoleón es un recuerdo vivo y permanente, y todos sus gestos son conocidos en Francia de memoria. Miles de libros se han escrito sobre él, sobre sus victorias y derrotas. Pero nadie se ha acordado jamás de escribir la historia de los miles y miles de millares de hombres que murieron por un capricho genial de crear un imperio. La Tumba del Soldado Desconocido es el único recuerdo para la inmensa masa de los que murieron, cuyos nombres nadie sabe, absolutamente nadie.

La historia de los pueblos, que todavía no ha sido escrita, no podrá ser escrita tal vez nunca. Por eso yo me debo conformar con señalarles algunos pocos hechos y algunas deducciones que nos hacemos nosotros acerca de las grandezas de los grandes filósofos, de los conductores, de los reyes y emperadores a través de los cuales vislumbramos la miseria y el dolor de sus masas.

De Roma, solamente quiero recordar la lucha de los plebeyos por su liberación, que duró siglos para conseguir las cuatro igualdades: civil, social, política y religiosa.

Sobre este tema de los plebeyos y los patricios hablaremos en otra clase. Hoy vamos a tomar el primer capítulo, que obliga a describir a la masa y qué es la Revolución Francesa. Yo no voy a hacer el análisis de lo que es para nosotros, como precedente o como signo precursor, la Revolución Francesa. Pero no puedo menos que citarla aquí. Maritain confirma que, desde la Revolución Francesa el sentido de la libertad y de la justicia social ha trastornado y vivificado nuestra civilización.

Yo he pensado muchas veces con simpatía en el pueblo francés, que supo vencer así por primera vez a la historia y al privilegio. Fue aquél el primer intento de la masa de hacerse fuerte. Todavía, su lucha y aquel intento tuvo sus grandes errores, puesto que desembocó en la tiranía de Robespierre. Es que la Revolución Francesa no encontró el conductor que la supiese dirigir y canalizar honrada y lealmente. Pero, sin aquella experiencia formidable, tal vez hoy no seríamos libres. No diríamos, como decimos, que ha llegado la hora de los pueblos. La revolución rusa de 1917, por ejemplo, fue otro intento de las masas para hacerse pueblo. Otra vez aquí, en Rusia, una masa sometida y explotada decide hacerse justicia por su propia mano y destruir a las fuerzas opresoras del privilegio más crudo y denigrante, que era el poder de los zares. Desgraciadamente, aquello tampoco ha terminado bien; pero todos estos hechos van dejando profundas enseñanzas a las masas humanas y no debemos despreciarlos sino valorizarlos como un gran ejemplo y también -por qué no decirlo- como una gran contribución para la humanidad, de esos pueblos en esa ardua lucha por su propia dignificación. Tanto la Revolución Francesa como la rusa fueron movimientos de masas desorganizadas a las que luego nadie, ningún conductor, quiso conducir honradamente. Por eso el triunfo fue momentáneo. Sin embargo, cada uno de esos triunfos ha ido creando en la masa una conciencia mayor de su dignidad de pueblo y poco a poco ha ido creciendo en el mundo la idea de realizar la verdadera democracia; no esa democracia cantada y declamada para intereses mezquinos, sino la democracia en que el gobierno del pueblo y para el pueblo ha de ser una realidad.

Perón ha dicho: "La verdadera democracia es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere, y defiende un solo interés: el del pueblo". Benditos los pueblos que tienen un conductor que piensa y que actúa como nuestro gran conductor, maestro y guía, el general Perón.

Esto no es sólo un principio de doctrina peronista; es una inmensa y maravillosa realidad argentina. El movimiento peronista fue también, el 17 de Octubre, una gran reacción de masas, mayor quizás que la misma Revolución Francesa, aunque pacífica. ¿Cuál es la diferencia y por qué el movimiento peronista superó a la Revolución Francesa? Porque la masa supo inclinarse por un conductor que no tuvieron ni la Revolución Francesa ni la revolución rusa. Porque el coronel Perón quiso probar que esa masa lo quería de verdad y decidió entonces que lo eligiese libremente el 24 de Febrero. Diríamos nosotros: porque el coronel Perón amaba profundamente al pueblo y no tenía mezquinos intereses políticos ni personales, sino nada más que un solo interés: servir a la patria y al pueblo. Porque Perón, desde antes del 17 de Octubre, ya había empezado a luchar por dar a la masa sufriente y sudorosa de los argentinos, conciencia social, personalidad social y organización social. Ya había empezado a formar de los argentinos un pueblo, un verdadero pueblo.

En mi primera clase yo cité a un gran escritor alemán que afirma que la desgracia de la historia consiste, precisamente, en que no siempre los grandes hombres se encuentran con los grandes pueblos. Tal vez esto no sea del todo verdad. Es cierto que casi nunca las masas han encontrado, en sus grandes movimientos, un buen conductor; pero también es cierto que casi nunca un gran conductor ha querido conducir un pueblo de hombres libres. Más bien todos han querido mandar sobre las masas, y por eso han tratado de mantenerlas en la ignorancia. Porque ellos no han querido conducir, sino mandar; ellos no han querido realizar cuestiones permanentes, sino realizar cuestiones personales, para su propio interés personal y político, y para su propio partido.

Por eso el general Perón es grande. Nosotros, los partidarios del General, que lo seguimos, no nos damos cuenta todavía de su gran personalidad y de sus quilates. Tal vez por tenerlo demasiado cerca al General, no lo valoramos. El pueblo nos demuestra que conserva sus valores morales y espirituales permanentes, puesto que ha sabido valorarlo al General. En cambio, los mediocres no han podido valorarlo al General. Lo único que pido es luz para sus almas, para que puedan ver la genial figura del General y comprender su error y su tristeza de no haber podido ver la luz y haber tomado el camino de la sombra.

Perón es tan grande que en sus clases –que sigo con tanto cariño como todos sus actos- habla siempre diciendo "nosotros". Pero él es el conductor. Claro que el General no puede cambiar la historia universal: el conductor nace, no se hace. Y no nacen dos en el mismo siglo y en el mismo pueblo, porque esto no se compra, como la ropa hecha. En este siglo, nosotros tenemos el privilegio de tenerlo a Perón, y aceptamos la doctrina de Perón. Por eso es grande Perón... Porque nos ha legado una doctrina. Pero mientras Perón tenga los ojos abiertos, los argentinos no seguirán más que a Perón, a Perón y a Perón.

El General nos habla así en su generosidad. Yo repito lo que siempre he dicho: no sólo es grande Perón por sus grandes obras y sus grandes realizaciones, sino que es grande hasta en los pequeños detalles. Solamente un genio y un hombre de los quilates de Perón puede ser tan extraordinariamente genial para englobar a todos nosotros al hablar de su doctrina y al hablar del conductor. El General podrá sacar buenos realizadores; podrá acercarnos a nosotros buenos discípulos, pero jamás seremos maestros; maestro hay uno solo.

Si miramos un poco la historia desde este balcón alto del siglo XX, veremos que los grandes conductores y líderes algunas veces han logrado tener discípulos. Lo grande de Perón es que, aunque él no lo diga, aspira a que todos seamos buenos discípulos de su doctrina. Pero nosotros aspiramos a algo más: a comprender, aplicar, realizar y predicar su doctrina, a amar su doctrina. Pero por sobre todo, ambicionamos una cosa: parecernos y acercarnos hacia la figura grandiosa del creador de la doctrina y del realizador de la felicidad argentina: el General Perón.

Nosotros sabemos perfectamente, aunque Perón, en su humildad, no quiere hablar de sí mismo, que él lo es todo. Es el alma, el nervio, la esperanza y la realidad del pueblo argentino. Nosotros sabemos que sol hay uno solo, y que aquí, en nuestro movimiento, hay un solo hombre que tiene luz propia: Perón. Todos nos alimentamos de su luz. Si alguien se cree algo dentro de nuestro movimiento, si cae en el error de creerse que es alguien con personalidad propia en nuestro movimiento, nosotros nos reímos de ver hasta dónde puede llegar la ignorancia, hasta dónde puede perder la vanidad, hasta dónde puede perder la ambición de los hombres, que los hace creerse alguien cuando, en el mismo siglo y en ese pueblo, hay un conductor, un guía y un maestro. Aquí tenemos al genio, tenemos al conductor, y todos los demás, todos, si diferencia -porque no hay diferencia-, todos, luchamos por conquistarnos un puesto de lucha al lado del General; todos luchamos por comprenderlo a Perón, que es comprender a la patria y al pueblo argentino; y todos luchamos por realizar todos los días un poco más en la obra peronista, o sea, por acercarnos a la interpretación perfecta de su doctrina y de su conducción, mirándonos siempre en el espejo del general Perón.

Por eso, todos somos iguales después del general Perón; nadie es más y nadie es menos. Los que no lo quieran comprender, allá ellos: Dios ciega al que quiere perder; primero, la masa los discute, no los acepta totalmente, ya que no acepta más que al líder, al genio, al conductor, al maestro; después, la masa les paga con aquello con que pagan todos los pueblos a los Judas: con el desprecio y el olvido.

Por eso, nosotros hombres y mujeres humildes, pero superiores por nuestra grandeza espiritual y moral, aspiramos a una sola cosa: a no sentirnos más de lo que somos, pero tampoco menos de lo que podemos ser, y a servir lealmente y hasta el sacrificio a nuestro General.

Y aquí yo quiero hacer notar que algunos piensan y hacen comparaciones un poco risueñas, por no decir profanas, entre ciertos caudillos y el General. Pero el general Perón no es un caudillo.

Perón es un genio, es un conductor, es un líder, y ellos piensan que, como ha pasado con esos caudillos, puede ser reemplazado, pero un genio y un conductor, jamás. Con él muere el movimiento. El movimiento será permanente si los hombres, a través de él, aun después de haberse ido, siguen teniendo su luz, su bandera y su doctrina. Es por eso que Perón no podrá ser reemplazado jamás dentro de nuestro movimiento peronista, ni ahora ni después. Por eso no podrá ser olvidado por el pueblo argentino, porque no pasará a la historia entre los caudillos políticos. El grabará una página en la historia entre los grandes patriotas y conductores más perfectos que ha tenido la Argentina.

Por eso, nosotros no tenemos más que a Perón; no vemos más que por los ojos de Perón; no sentimos más que por Perón y no hablamos más que por boca de

Perón. Ese debe ser nuestro gran objetivo, y si aun nos saliéramos de esa línea de conducta, el pueblo, que es maravilloso, porque hay algo que se siente, que se palpa pero que no se puede controlar, nos haría perder en la noche y caeríamos en el desprecio de todos los ciudadanos argentinos, porque se habría perdido nuestro movimiento, por no haber sabido tener la entereza moral, política y patriótica de no darnos cuenta que a los genios no se les puede comparar ni profanar con ninguna figura de su siglo, porque son eso: genios.

Por eso es que nosotros lo vemos a Perón cada día más grandes, aun cuando – como ya he dicho- él se elimina como conductor y nos llama a todos nosotros conductores y cuando el General, en su grandeza espiritual, dice: "nosotros hacemos tal cosa".

Nosotros lo seguimos, nosotros tratamos de interpretarlo, tratamos de ayudarlo, porque tenemos la enorme responsabilidad ante las futuras generaciones de argentinos de demostrar, eso sí, que esta generación de argentinos ha sido benemérita porque ha sabido valorar en el sacrificio constante y en su fe inquebrantable a un hombre de los quilates del general Perón y legarles a ellos la hora de bonanza y de prosperidad que estamos viviendo.

Por todo esto yo creo que nuestro movimiento triunfará, y el triunfo nuestro será permanente como ningún otro en la historia. Perón quiere conducir a un pueblo de hombres libres y dignos, y nosotros ya somos –gracias a él- un pueblo de hombres libres y dignos, que ay tiene personalidad, que se va organizando a pasos agigantados. Yo no quiero entretenerlos más. En la próxima clase hablaremos del pueblo y de los sistemas capitalistas.

CUARTA CLASE DICTADA EL 12 DE ABRIL DE 1951

En mis clases anteriores he hablado de la historia universal, refiriéndome a las dos historias: la de los hombres y la de las masas en su afán por convertirse en pueblo, y a la historia de los grandes hombres hasta llegar a Perón. Aquí nos hemos detenido, como quien se detiene luego de haber recorrido la noche, contemplando en las estrellas la aurora que luego llega con el sol.

Recorrimos la historia de las masas, en su afán por convertirse en pueblo, o sea en sus luchas de superación, hasta llegar al 17 de Octubre, que tal vez es la historia más formidable de un pueblo defendiendo su propio destino.

¿Qué es el pueblo para un peronista? Yo creía que había agotado el tema en la clase anterior y había dispuesto hablar hoy de la historia del capitalismo, pensando que así, por contraste de luz y sombras, nos entenderíamos mejor y entenderíamos mejor al peronismo, pero meditando el tema de mi última clase, advertí que todavía no había terminado y que quedaban muchos puntos, para mí de fundamental importancia. No quiero dejar de insistir sobre el tema de las masas y los pueblos en la historia, porque, para mí, quien no entienda y sienta bien lo que es el pueblo, no podrá ser jamás un auténtico peronista.

Yo siempre digo que los tres grandes amores de un peronista son el pueblo, Perón y la Patria, y vean ustedes, si un peronista puede ser peronista sin tener esos tres grandes amores, tal como lo siento yo, y no solamente como una linda palabra.

El amor es sacrificio, y aunque parezca esto el título de una novela sentimental, es una verdad grande como el mundo y como la historia. No hay amor sin sacrificio, pero nadie se sacrifica por algo que no quiera y nadie quiere algo que no conoce. Nosotros decimos muchas veces que estamos dispuestos a morir por el pueblo, por la Patria y por Perón, pero cuando llegue ese momento, si llega -y no seamos traidores, desleales y vendepatrias-, tenemos que sentir verdaderamente esos tres grandes amores, y por eso debemos conocerlos íntima y profundamente. Es necesario conocer, sentir y servir al pueblo para ser un buen peronista. Hay muchos peronistas, ya lo son; pero nosotros queremos peronistas en la práctica y no teóricos.

Es urgente que insistamos, dentro de nuestro movimiento, en la necesidad que tenemos de hacer conocer y amar al pueblo -y ustedes verán más adelante por qué es urgente, y más en nuestro movimiento- si es que no queremos perder y malograr esta maravillosa doctrina que nos ha dado el General Perón. Tal vez sea más necesario esto para hacerlo conocer y querer más profundamente a Perón. El General tiene una grandeza espiritual tan extraordinaria, que está siempre muy presente en nuestros sentimientos y en nuestro corazón; pero mucho me temo que no suceda lo mismo con el pueblo, y a veces pienso que no todos

los peronistas me entienden y me creen cuando yo digo que Perón es el pueblo. No se han dado cuenta todavía de lo que eso significa; no han advertido que eso significa que para quererlo a Perón hay que quererlo al pueblo; que no se puede ser peronista sin conocer, sin sentir y sin querer al pueblo –pero quererlo profundamente- y, sobre todo, servir la causa del pueblo. Un peronista que no conozca, que no sienta y que no sirva al pueblo, para mí no es peronista.

Yo voy a demostrar en esta clase de hoy que la mejor manera de conocer si un peronista es verdaderamente peronista consiste en establecer si tiene un concepto peronista de lo que es el pueblo; si se siente él mismo parte del pueblo y no tiene ambiciones de privilegios; si sirve lealmente al pueblo.

Ustedes dirán que en lugar de dar mi clase de historia del peronismo yo estoy dictando más bien moral peronista. No es eso. Había dicho en la clase anterior que iba a hablar de capitalismo, pero creí que era necesario primero dar una clase sobre ética peronista y, especialmente, sobre oligarquía, para después pasar al capitalismo. Y para no ser oligarca y ser un buen peronista, tenemos que basarnos en un amor profundo por el pueblo y por Perón, sustentado en valores espirituales y en un gran espíritu de sacrificio y de renunciamiento, no proclamados sino hondamente sentidos.

Todas estas cosas no las digo porque sí, ni porque me gusta el tema. Ustedes saben que decir la verdad me ha costado muchos dolores de cabeza, y puedo decir con orgullo que nunca he sido desleal con los que han sido leales a Perón. Pero también puedo decir con orgullo que jamás he mantenido mi amistad en un círculo ni en un grupo, sino nada más que hacia la lealtad, y la lealtad no me compromete nada más que mientras se es leal a Perón, que es ser leal al pueblo y al movimiento.

Si hablo de estas cosas, es porque sé que al mismo General le preocupa el tema, y nos debe preocupar a todos los que queremos profundamente al movimiento y anhelamos que sea un movimiento permanente. Le preocupa, sobre todo, que todavía haya peronistas que, por su afán de obtener privilegios, más bien parecen oligarcas que peronistas. Mis ataques a la oligarquía ustedes los conocen bien, porque los habrán oído no una, sino muchas veces en mis discursos.

Y estoy segura que algunos de ustedes habrán pensado lo que otros ya me han dicho tantas veces: ¿"Por qué se preocupa tanto, señora, si esa clase de gente no volverá más al gobierno?"

No; yo ya sé que la oligarquía, la del 17 de Octubre, la que estuvo en la plaza San Martín, ésa ya no volverá más al gobierno, pero no es ésa la que a mí me preocupa que pueda volver. Lo que a mí me preocupa es que pueda volver. Lo que a mí me preocupa es que pueda retornar en nosotros el espíritu oligarca. A eso es a lo que le tengo miedo, mucho miedo, y para que eso no suceda he de

luchar mientras tenga un poco de vida -y he de luchar mucho- para que nadie se deje tentar por la vanidad, por el privilegio, por la soberbia y por la ambición.

Yo le tengo miedo al espíritu oligarca, por una simple razón. El espíritu oligarca se opone completamente al espíritu del pueblo. Son dos cosas totalmente distintas, como el día y la noche, como el aceite y el vinagre.

Vamos a demostrar el espíritu oligarca en la historia, trayendo algunos ejemplos. Yo, en mis luchas diarias -y ustedes lo habrán visto- para ser una buena peronista, trato de ser más humilde, trato de arrojar fuera de mí cualquier vanidad que pudiera albergar mi corazón. Yo no podría ser la esposa del General Perón, ni buena peronista, si tuviera vanidad, orgullo y, sobre todo, ambición, porque la ambición es el espíritu oligarca que perdería completamente a nuestro movimiento.

Yo no sé qué pensarán de mí los historiadores y los que comentan la historia, pero yo creo firmemente -y de esta idea no me podrán sacar- que la causa de todos los males de la historia de los pueblos es, precisamente, el predominio del espíritu oligarca sobre el predominio del espíritu del pueblo.

¿Cuál es el espíritu oligarca? Para mí, es el afán de privilegio, es la soberbia, es el orgullo, es la vanidad y es la ambición; es decir, lo que hizo sufrir en Egipto a millares y millares de esclavos que vivían y morían construyendo las pirámides; es el orgullo, la soberbia y la vanidad de unos cuantos privilegiados que hacían sufrir en Grecia y en Roma a los ilotas y a los esclavos; es el espíritu de oligarca de unos pocos espartanos y aristócratas y de unos pocos patricios que gobernaban a Esparta, a Atenas y a Roma; el sufrimiento de millones y millones de hindúes se debió al orgullo de las sectas dominantes; el dolor de la Edad Media se debió a la soberbia de los señores feudales, de los reyes y de los emperadores ambiciosos, que sólo pensaban en dominar a sus iguales; el sufrimiento que provocó la rebeldía del pueblo francés en 1789, la Revolución Francesa, tiene su causa en los privilegios de la nobleza y del alto clero; la Rusia de los zares, que hizo nacer en el mundo la revolución comunista, es otra expresión más de los sufrimientos que ha provocado el espíritu oligarca, la vanidad, la ambición, el egoísmo y el orgullo de unos pocos aplastando a las masas.

El peronismo que nace el 17 de Octubre es la primera victoria real del espíritu del pueblo sobre la oligarquía. La Revolución Francesa, tal como la historia lo atestigua -y yo trato de profundizarla y de leer mucho de lo que se ha escrito- no fue realizada por el pueblo, sino por la burguesía. Esto no lo recordamos muy frecuentemente.

La burguesía explotó el desquicio real en ese pueblo hambriento, desposeído y es por eso que preferimos recordar de la Revolución Francesa tres palabras de su lema: Libertad, Igualdad y Fraternidad, tres hermosas palabras de los intelectualoides franceses que decían cosas muy hermosas, pero que realizaban

muy poco. Y es por eso que nos olvidamos de algo extraordinario. Nos olvidamos que la Constitución de 1789 prohibía la agremiación. ¿Puede una revolución ser del pueblo, cuando dicta una Constitución prohibiendo la agremiación? El pueblo siguió a la burguesía, pero ésta no respondió honrada y lealmente a ese pueblo, que se jugó la vida en la calle.

La Revolución Francesa quiso suprimir, y lo consiguió, hasta con la guillotina, al privilegio aristocrático, pero trajo al mundo el concepto de la libertad individual absoluta, creando con ese concepto otros privilegios, como el de la riqueza, que condujo luego rápidamente al capitalismo.

La revolución rusa también quiso suprimir a la oligarquía aristocrática, utilizando para ello al pueblo, cuya reacción violenta provocó también la muerte de los zares. Pero después se creó en Rusia una nueva oligarquía: la de unos cuantos hombres que no consultan al pueblo, sino que simplemente lo llevan hacia donde quieren. Ellos no hacen lo que el pueblo quiere, sino que el pueblo tiene que hacer lo que ellos quieren. Creo que hay una pequeña diferencia...

Tan oligárquico es el sistema feudal como el absolutismo de los reyes, como el sistema de casta que imperó en nuestro país, sistema cerrado con la "Yale" de los apellidos ilustres que nosotros conocemos. Tanto más ilustres esos apellidos cuanto más dinero tenían en el Banco. Tan oligárquico es el sistema capitalista que domina desde Wall Street como el sistema comunista imperante en Rusia.

Por ello, afirmo que el peronismo nacido el 17 de Octubre es una victoria del auténtico pueblo sobre la oligarquía. Y para que esa victoria no se pierda, como se perdió la Revolución Francesa y la revolución rusa, es necesario que los dirigentes del movimiento peronista no se dejen influenciar por el espíritu oligarca. Es necesario, para ello, que todas estas cosas que decimos no caigan en el vacío. Yo a veces observo que cuando se dicen cosas importantísimas, nos las aplauden, si tenemos razón, pero en la práctica hacen esos mismos que aplaudieron todo lo contrario. Hay que aplaudir y gritar menos y actuar más. Claro que al decir esto hablo en general.

Nuestro movimiento es muy serio, porque tenemos un hombre, el General Perón, que está quemando su vida por legarnos consolidada su doctrina y por entregarnos y depositar en nuestras manos la bandera justicialista y una Patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.

Eso era para nosotros un sueño. Era un sueño para los argentinos pensar que algún día, en nuestro país, un hombre, con sentido patriótico, un hombre extraordinario, y sobre todo con una gran valentía, pudiera anunciarlo y realizarlo.

Pero es que hay que reconocer que el hombre que ha creado su doctrina y que ha realizado esa obra tan extraordinaria, es un hombre de unos valores morales extraordinarios.

Nosotros vemos en Perón a la humildad, a un hombre sencillo, a un hombre que no es vanidoso ni orgulloso, a un hombre que siente alergia por los privilegios. Entonces nosotros, que lo queremos a Perón, tratamos de acercarnos, tratamos de igualarnos a él, tratamos de sentirnos humildes, de no ser ambiciosos, de no sentir orgullo ni vanidad.

En esto es en lo único en que podemos tratar de igualarnos a Perón, y, si lo logramos, va a ser tan grande que habremos desterrado del peronismo el peligro del espíritu oligarca que, de lo contrario, terminaría con nosotros. Perón no ha venido a implantar otra casta; él ha venido a implantar al pueblo, para que sea soberano y gobierne. Por eso, nosotros tenemos que sentirnos humildes y consultar al pueblo en todo, pero consultarlo también en su humildad. No sentirnos, cuando el movimiento nos llama a una función, importantes ni poderosos.

A mí me preocupa extraordinariamente esta cuestión. He tenido una gran desilusión con gente a la que aprecio, cuando la he visto envanecerse como pavos reales, cuando las he visto sentirse importantes. No hay más importancia, más privilegio, ni más orgullo, que el sentirse pueblo. Pero algunos se sienten señores; ¡y el señor no se siente, el señor se nace, aun en los más humildes! Cuando los he visto en personajes, me ha entrado frío, miedo, angustia y una profunda tristeza. Pero las fuerzas y la esperanza me renacen cuando miro a Perón trabajando incansablemente y al pueblo colaborando con él.

Yo lo observo al General, porque no quiero dentro del movimiento ser nada más que una buena alumna suya; quiero servir al movimiento y no servirme de él. Si actuáramos así siempre, la humanidad sería más feliz y nosotros seríamos mucho más útiles a los pueblos.

El General Perón es humilde a pesar de todo su poder, y no digo poder por ser él el Presidente de la República, sino por su poder espiritual, porque él es mucho más poderoso que por sus títulos, sus galones y sus derechos, porque reina sobre el corazón de millones de argentinos.

Yo lo he visto al General, no con ese empaque humilde y fingido que a veces ustedes advierten en algunos hombres en los pequeños detalles, más que en los grandes, y que es el teatro que hacen muchos políticos que aparecen como humildes para que los vea un grupo, pero que en el fondo son déspotas, soberbios, vanidosos y fríos. A Perón, en cambio, que ha hecho obras extraordinarias, lo veo todas las mañanas, al llegar a la Casa de Gobierno –para dar un ejemplo, porque, como decía Napoleón, un ejemplo lo aclara todo– tocar el timbre y decir, siempre, al ordenanza que acude: "Buenos días, hijo; ¿quiere hacerme el favor de traerme un cafecito?". Y cuando se lo trae, así esté con un embajador, con un ministro o con quien fuera, le da un abrazo agradeciéndole; pero eso es normal en él, le sale de adentro. Eso no es teatro: le sale del corazón. Y yo pienso, entonces, si todos los peronistas seríamos capaces de hacer otro tanto. No

podemos tener el privilegio de ser genios y grandes como Perón, pero sí podemos proponernos ser buenos como él.

La gente se olvida muy fácilmente del pueblo, y nosotros, los peronistas, que decimos que queremos a Perón, que amamos profundamente su figura, su nombre, su doctrina y su movimiento, no podemos ni debemos jamás olvidar al pueblo, porque si no traicionamos a Perón, traicionamos su preocupación más grande. No olviden que Perón trabaja, lucha, sueña y se sacrifica por un ideal: su pueblo.

Es que algunos peronistas no se dan cuenta de que todo lo que somos se lo debemos a Perón y al Pueblo, y a veces nos creemos que llegamos por nosotros mismos, nos consideramos importantes e insustituibles, y hasta nos creemos a veces directores de orquesta. ¿De qué orquesta somos directores?

La humildad debe ser una de nuestras grandes preocupaciones, como la bondad, la falta de vanidad y la ausencia de ambición. No debemos tener más que una sola ambición: la de desempeñar bien nuestro cargo dentro del movimiento. Dijo el General Perón hace unos días: no son los cargos los que dignifican a los hombres, sino los hombres los que honran a los cargos. Nosotros debemos aspirar a ocupar un cargo de lucha, no importa cual fuere, pero cumplirlo honradamente, con espíritu de sacrificio y de renunciamiento, que nos haga ante nuestros compañeros dignos del movimiento y nos eleve en la consideración de todos. Así cumpliremos con el pueblo y con el movimiento. No nos olvidemos del hombre que trabaja de diana hasta ponerse el sol, para construir la felicidad de todo el pueblo argentino y la grandeza de la Nación, y nosotros, bajo su sombra maravillosa, no debemos amargar sus sueños de patriota, con ambiciones mezquinas y desmesuradas como las de algunos peronistas que ya se creen dirigentes importantes.

La característica exclusiva del peronismo, lo que no ha hecho hasta ahora ningún otro sistema, es la de servir al pueblo y, además, la de obedecerlo. Cuando en cada 17 de Octubre, Perón pregunta al pueblo si está satisfecho de su gobierno, tal vez por tenerlo a Perón demasiado cerca, no nos detenemos a pensar en las cosas tan grandes a que nos tiene acostumbrados, a algo que no pasa en la humanidad. ¿Cuándo algún gobernante, alguna vez en el mundo, una vez al año reúne a su pueblo para preguntarle si está conforme con su gobierno? ¿Cuándo algún gobernante en el mundo dijo que no habrá sino lo que el pueblo quiera? En cambio, Perón puede hablar porque tiene su corazón puesto junto al corazón del pueblo. La actitud argentina del General Perón en la Conferencia de Cancilleres: "No saldrán tropas al exterior sin consultar previamente al pueblo", no se ha visto nunca en el mundo, ¿Cuándo algún gobernante ha preguntado, antes de enviar tropas al exterior, si el pueblo está conforme? Nunca lo han hecho, porque cuando han querido, han enviado las tropas en nombre del pueblo sin consultarlo jamás.

Estos tres ejemplos nos demuestran la grandeza de Perón, la honradez de sus procedimientos, el amor profundo y entrañable que él siente por el pueblo y el respeto por "el soberano", que de soberano no tenía, hasta Perón, más que el nombre, porque jamás fue respetado. Eso lo hace el General, y si él lo hace, tratando de auscultar las inquietudes del pueblo, ¿cómo nosotros los peronistas que lo acompañamos y pretendemos ayudarlo, no vamos a extremar nuestras energías y nuestro esfuerzo para acercarnos a él en el deseo de servir leal, honrada y humildemente?

Ese debe ser un deber de los peronistas. Nosotros debemos pensar siempre que el General Perón respeta al pueblo, no sólo en las cuestiones fundamentales sino también en las pequeñas.

Dijo yo los otros días que la masa no hace más que sentir, que no piensa. Por eso los totalitarismos, sean fascistas o comunistas, organizan al pueblo como un militar adiestra al soldado, para que éste sirva mejor a la patria. Perón, en cambio, favorece la agremiación y la organización del pueblo, no para que el pueblo sirva al peronismo, sino para que el peronismo pueda servir mejor al pueblo, entre lo cual hay una gran diferencia. A fin de que el pueblo conserve y conquiste sus derechos, Perón trata al pueblo, no como un militar a sus soldados, sino como un padre a sus hijos. Lo que hace Perón, sirviendo al pueblo, debemos hacerlo nosotros cada día más.

Yo quisiera que a esta clase -y esto es un deseo ferviente mío- ustedes la tengan siempre muy presente en su corazón y en su mente para tratar todos los días de inculcarla a los peronistas y nosotros mismos adoptarla en nuestros procedimientos, y así nos sentiremos más tranquilos en nuestra conciencia de peronistas, de argentinos, de mujeres y hombres del pueblo.

Nuestra consigna debe ser la de servir al pueblo y no servir a nuestro egoísmo, que en el fondo todos tenemos, ni a nuestra ambición, porque eso sería tener lo que yo llamo espíritu oligarca.

Vamos a dar un ejemplo de espíritu oligarca, aunque ya he dado muchos: el funcionario que se sirve de su cargo es oligarca. No sirve al pueblo sino a su vanidad, a su orgullo, a su egoísmo y a su ambición. Los dirigentes peronistas que forman círculos personales sirven a su egoísmo y a su desmesurada ambición. Para mí, éstos no son peronistas. Son oligarcas, son ídolos de barro, porque el pueblo los desprecia, ignorándolos y a veces hasta compadeciéndolos.

La oligarquía del 17 de Octubre, la que derrotamos ese día, para mí, está muerta. Por eso es que le tengo más miedo a la oligarquía que pueda estar dentro de nosotros que a esa que vencimos el 17 de Octubre, porque aquélla ya la combatimos, la arrollamos y la vencimos. En tanto que ésta puede nacer cada día entre nosotros. Por eso los peronistas debemos tratar de ser soldados para matar y aplastar a esa oligarquía donde quiera que nazca.

Nosotros decimos, con Perón, que no queremos ni reconocemos más que una sola clase de hombres: la de los que trabajan. Esto quiere decir que para nosotros no existe más que una sola clase de argentinos, la que constituye el pueblo, y el pueblo es auténticamente trabajador.

¿Qué diferencia hay entre esta nueva clase y la clase oligárquica que gobernó hasta 1943? Es muy fácil explicarla.

La oligarquía era una clase cerrada, o sea, como lo dije anteriormente, una casta. Nadie podía entrar en ella. El Gobierno les pertenecía, como si nadie más que la oligarquía pudiese gobernar el país. En realidad, como que a ellos los dominaba el espíritu de oligarquía, que es egoísta, orgulloso, soberbio y vanidoso, todos estos defectos y malas cualidades los llevaron poco a poco a los peores extremos y terminaron vendiéndolo todo, hasta la Patria, con tal de seguir aparentando riqueza y poder.

Cuando vemos a un político que no quiere que nadie más que sus amigos entren en el círculo, pensamos que también él es un oligarca. Ese también se quiere preparar otra casta para él, pero se olvida que hay muchos soldados y servidores del General que lo interpretamos, que lo seguimos honradamente, que tendremos el privilegio de ser los eternos vigías de la Revolución.

Por lo tanto, estaremos en guardia permanente para destrozarlos y aplastarlos a esos señores que ustedes conocen, como dije anteriormente.

El peronismo es un movimiento abierto a todo el mundo. Ustedes ven que cualquiera que llega a mí, sea un dirigente de esto o de lo otro, siempre le digo que él, para mí, no es más que un dirigente de Perón. Cuando me dicen que Fulano es un dirigente que responde a Mengano o a Zutano, pienso que no es un dirigente, sino un sinvergüenza, porque bajo el lema Justicialista, el pueblo y la Patria toda constituyen una gran familia, en la que todos somos iguales, felices y contentos, respondiendo sólo a Perón.

Dentro de nuestro movimiento no se necesita tener títulos universitarios, ser intelectual, ni tener cuatro apellidos para integrar el gobierno de Perón. Al lado de él hay hombres de todas las condiciones sociales: médicos, abogados, obreros, ricos y pobres, de todas las clases, pero sin ese espíritu oligarca que es la negación de nuestro movimiento. Por lo menos aspiramos a eso. En ese sentido, tenemos una ardua y larga tarea que realizar. Cualquier peronista puede llegar a ocupar los más altos cargos dentro de nuestro movimiento. Si trabaja honradamente, puede aspirar a cualquiera, y en este sentido debemos tener en cuenta una frase del General Perón que se debería grabar en el corazón de todos los peronistas: "Sean todos artífices del destino común, pero ninguno instrumento de la ambición de nadie".

No sean tontos, aquí no necesitan padrinos; aquí lo único que los valoriza es el sacrificio, la eficacia y el trabajo. Yo siempre he sentido alergia por los recomendados. Siempre los he atendido muy bien y les he solucionado el asunto, pero siempre me ha dado una profunda pena que esas personas no sepan que no necesitan de la recomendación. En nuestro movimiento no hay más recomendación que la de ser peronista. Es por eso que cualquier peronista, por humilde que sea, puede aspirar, como ya lo he dicho, a los más altos cargos, con sólo tratar de interpretar las inquietudes del General Perón. Esto es fundamental para que nosotros podamos formar un movimiento permanente, consolidado en el espacio y en el tiempo. Nuestro movimiento es el más profundo y maravilloso de todos, porque tiene una doctrina perfecta y un conductor genial como el General Perón.

Yo, que he tenido la debilidad de estudiar profundamente a todos los grandes de la historia, y ustedes, que lo habrán hecho tanto como yo, sabemos que en todos los grandes hombres hay errores y defectos, que se les perdonan porque son genios, y a los genios se les perdona todo. Pero –a veces a los argentinos nos parece mentira- Perón es un genio que no tiene defectos, y si tuviera uno, sería uno solo: tener demasiado corazón, que sería el más sublime de todos los defectos, ya que Cristo perdonó a quienes lo crucificaron. Nosotros debemos pensar en eso, en la grandeza, en las virtudes y en las condiciones morales del General Perón y, sobre todo, en su humildad, que es lo que lo hace más grande. Deberíamos nosotros elevar todos los días nuestra mirada y nuestro recuerdo hacia la figura patricia del General Perón; seríamos entonces cada día más buenos. Y al acostarnos, deberíamos realizar un balance de lo que hemos hecho, y ver si hemos tratado bien a un compañero, si hemos servido honradamente al pueblo, si hemos cumplido con humildad, con desinterés y con sacrificio nuestra labor. Entonces, nos podremos acostar tranquilos, porque hemos cumplido con la Patria, con Perón y con el Pueblo.

Yo he pretendido que mi despacho sea lo más popular y lo más descamisado; no en sus paredes –porque nosotros no nos vestimos de harapos para recibir al pueblo, sino que nos vestimos de gala para recibirlo con los mejores honores, como se merece-, pero sí descamisado por el cariño, el corazón, la humildad y el espíritu de sacrificio y de renunciamiento. A veces me parece que éstos no son suficientemente grandes como para merecer yo ser la esposa del General Perón; pero pienso que no puedo asemejarme al General, porque Perón hay uno solo, pero trato por lo menos de merecer el cariño y la consideración del General y de los peronistas, trabajando con un gran espíritu de desinterés, de sacrificio, de renunciamiento y de amor. Y es por eso que cuando llegan a mi despacho los ministros, yo me alegro, porque los veo mezclados con los obreros y con los pobres, es decir, con nuestro auténtico pueblo. Y yo creo que así, viéndome trabajar a mí confundida con el pueblo, y viendo lo maravilloso que nuestro pueblo es, no se harán oligarcas.

Eso significa que nosotros queremos una sola clase de argentinos. No quiere decir que queramos que no haya ricos, o que no haya intelectuales ni hombres superiores. Todo lo contrario: lo grande del peronismo es que todos los argentinos pueden llegar a ser lo que quieran, incluso hasta Presidente de la República. Prueba de que el peronismo quiere eso, es que tenemos un ministro obrero, agregamos obreros en las embajadas, obreros en las Cámaras, obreros en todas partes; y también en el aspecto cultural tenemos el teatro obrero y salones de arte obrero, aunque en este aspecto tenemos mucho, mucho que hacer, para cumplir con los deseos y con las inquietudes del General Perón.

Gracias al General Perón, nosotros hemos logrado tener las universidades abiertas a todo el pueblo argentino. Eso nos demuestra la preocupación del gobierno argentino por elevar la cultura del pueblo y por que nuestro pueblo pueda llegar a las universidades, que ya no estén reservadas a unos pocos privilegiados. Ahora los humildes pueden ser abogados o médicos, según sean sus inclinaciones. Ellos, con su sentido de pueblo serán más humanos y las futuras generaciones podrán agradecerlos que los hayamos comprendido y apoyado.

Ser peronista, para hacer la síntesis de todo lo que he hablado, requiere tener los tres amores a que yo hice mención al principio: el pueblo, Perón y la Patria. El peronismo es la primera victoria del pueblo sobre la oligarquía; por eso hay que cuidarlo y no desvirtuarlo jamás. El peronismo sólo se puede desvirtuar por el espíritu oligarca que pueda infiltrarse en el alma de los peronistas, y perdonen, chicas y muchachos, que les repita tanto esto, pero si así lo hago es porque quisiera que lo llevaran siempre profundamente grabado en su corazón. Es fundamental para nuestro movimiento.

Para evitar que se desvirtúe el peronismo, hay que combatir los vicios de la oligarquía con las virtudes del pueblo. Los vicios de la oligarquía son: en primer término, el egoísmo, Podríamos tomar como ejemplo el de las damas de beneficencia. Hacían caridad, pero una caridad denigrante. Para dar, hay que hacerse perdonar el tener que dar. Es más lindo recibir que dar, cuando se sabe dar, pero las damas trataban siempre de humillar al que ayudaban. Tras la desgracia de tener que pedir, lo humillaban en el momento de darle la limosna, con la que ni siquiera le solucionaban el problema. En segundo lugar está la vanidad. La vanidad trae consigo la mentira y la simulación, y cuando entra en la mentira y en la simulación, el hombre deja de ser constructivo dentro de la sociedad. En último término, tenemos la ambición y el orgullo, con los cuales se completan los cuatro vicios de la oligarquía: egoísmo, vanidad, ambición y orgullo.

Las virtudes del pueblo son: en primer término, generosidad. Todos ustedes habrán advertido el espíritu de solidaridad que hay entre los descamisados. Cuando un compañero de fábrica cae en desgracia, en seguida se hace una colecta para ayudarlo, cosa que no ocurre en otros ambientes. Lo mismo es el caso de los obreros y la Fundación. Ellos vieron que la Fundación iba directamente al pueblo, a diferencia de las damas de beneficencia que se guardaban ochenta y

daban el veinte de cada cien que recibían, con lo que el pueblo había perdido la esperanza y la fe. ¿Cómo iba a tener prestigio una cosa en la que el pueblo no creía? Cuando vieron que la Fundación realizaba el camino nuevo del peronismo, de ayudar y de defender los centavos como si fueran pesos, los obreros se aglutinaron y desinteresadamente contribuyeron a una obra que iba a servir, honrada y lealmente, a sus propios compañeros. Es así que se ha dado el milagro de que las masas trabajadoras sean las verdaderas creadoras de la obra de la Fundación.

Tenemos luego la sinceridad. La sinceridad es la virtud innata de nuestro pueblo, que habla de su franqueza.

El desinterés: ustedes ven que el descamisado es puro corazón, es desinteresado. Y la humildad, que debemos tenerla tan presente.

Por lo tanto, las virtudes del pueblo son: generosidad, sinceridad, desinterés y humildad. La humildad debe ser la virtud fundamental del peronista. El peronista nunca dice "yo". Ese no es peronista. El peronista dice "nosotros". El peronista nunca se atribuye sus victorias, sino que se las atribuye siempre a Perón, porque si hacemos algo es por el General, no nos engañemos. Y cuando en el movimiento hay un fracaso, observamos a menudo -ustedes que andan por la calle lo habrán notado mejor que yo- que se dice: "Y, la culpa la tuvo Fulano", siempre viene de "arriba". Los éxitos son de ellos, que tanto influyeron y tanto hicieron, lo trabajaron tanto, que lo consiguieron... El fracaso es siempre de arriba, según ellos. El fracaso, desgraciadamente, es debido a la incomprensión, es producto del caudillismo, de que todavía los peronistas no nos hemos podido desprender, pero de los que nos desprenderemos, cueste lo que cueste...

No me refiero, por lo tanto, a esos que dicen que los fracasos vienen de arriba, sino a los peronistas. Los fracasos son nuestros, desgraciadamente. Yo a veces pienso, cuando me equivoco -también yo cometo grandes errores, ya que nadie está exento de ellos, pues el que no se equivoca nunca es porque no hace nada-, pienso cuánto mal le hago al General. Únicamente los genios como Perón no se equivocan nunca. Pero el pueblo no está poblado de héroes ni de genios, y menos de genios que de héroes.

Repito que los fracasos son nuestros. El peronista se debe atribuir siempre los fracasos, y al decir "peronista" lo decimos en la extensión de la palabra. Las victorias, en cambio, son del movimiento, o sea, de Perón. ¿Habría hecho yo todo lo que hecho en la Fundación, si Perón no nos hubiese salvado de la oligarquía? ¿Habría hecho yo todo el bien que hago a los humildes de la Patria, la colaboración que les presto a los gremios del país, si Perón no hubiera hecho en nuestro país esta revolución social tan extraordinaria, independizándonos de la oligarquía, dándonos, además, la justicia social, la independencia económica, la soberanía política y su maravillosa doctrina? ¿Existiría Eva Perón si no hubiera ve-

nido Perón? No. Por eso yo digo que el peronismo empieza con Perón, sigue a Perón y termina en Perón.

Ni aun después podrán desplazar al General, porque el General Perón no será desplazado jamás del corazón del pueblo. El día en que alguno, en su ambición y en sus intereses mezquinos y bastardos, piense que él puede ser bandera del movimiento, ese día él habrá terminado.

Por eso yo digo que no tenemos nada más que a Perón, y nosotros, para consolidar y colaborar en su obra, debemos ser buenos predicadores de su doctrina. Cuando alguien se enoja y se lamenta de errores entre los católicos, yo les contesto que la doctrina cristiana es lo más grande que hay, que los malos son los predicadores y no la doctrina. Aquello es eterno. En esto, que es terrenal, tenemos que tener además de buenos predicadores, también buenos realizadores.

La doctrina de Perón es genial; los malos seremos nosotros, ya que de barro somos, pero tenemos que tratar de ser cada día más superiores y más dignos del maravilloso pueblo y del ilustre apellido de argentinos. Por eso es que nosotros aspiramos, cada día más, a ser buenos y mejores predicadores de la doctrina de General, pero no sólo buenos en la prédica, sino también en la práctica. Para lograrlo, el peronista debe ser siempre de una gran humildad, reconocer que él no significa nada y que Perón y el pueblo lo son todo.

QUINTA CLASE DICTADA EL 19 DE ABRIL DE 1951

La historia de peronismo, como todo episodio histórico, tiene sus actores, tiene sus causas y tiene su escenario. Una vez conocidos estos tres capítulos, recién podemos estudiar el desarrollo de los acontecimientos y de sus efectos en la historia. Cuando yo acepté dictar este curso en esta Escuela, creí inicialmente que sólo iba a tener que relatar los acontecimientos, cosa que no me traería ningún inconveniente dado que yo los he vivido y que también los he sufrido. ¿Qué dificultad podría tener en narrarles a ustedes todas las luchas del general Perón, si yo, directa o indirectamente las he compartido siempre? Yo me dije: éste es mi gran tema. Pero cuando tuve que sentarme a esbozar el programa, advertí que eso no era todo y me di cuenta que no se trataba solamente de relatar los episodios de la historia del peronismo, sino de hacerla comprender, de hacerla sentir y de inculcarla, como dice el general Perón. En ese momento fue cuando comprendí que el problema no era tan simple, y menos para una mujer humilde cuyo único título es nada más que su gran voluntad y su gran amor por la causa del General y de su pueblo. Por eso me han visto ustedes andar por caminos que si no son desconocidos para mí -ya he dicho en otra oportunidad que siempre me ha gustado el tema de la historia, porque he estado buscando en él una medida que no encuentro para el general Perón y nuestro pueblo-, son caminos menos conocidos o poco frecuentados para mí. En estos años de lucha no he podido alcanzar todavía a medir la importancia que tiene nuestro pueblo, nuestro movimiento y su líder en relación con los grandes acontecimientos de la historia.

No he leído la historia para explicarla, ni para dar clases o divertirme, sino para aprender en ella a querer y a sentir todavía más esta breve pero extraordinaria historia de Perón y de su pueblo. Lo que he podido aprender a través de los acontecimientos generales de la historia, es lo que he querido que también ustedes aprendan aquí. En otras palabras, no me interesa que ustedes sepan quién fue Licurgo, ni en qué año nació; me basta con que aprendan que lo mejor de él -y de todos los hombres extraordinarios de la historia-, está en la doctrina del general Perón y ha sido realizado en la breve historia del peronismo.

No me interesa tampoco que ustedes sepan mucho sobre la Revolución Francesa, o sobre las luchas entre plebeyos y patricios, o entre espartanos e ilotas; pero sí me interesa que sepan que ningún movimiento de masas o de pueblos es comparable con el que realizó nuestro pueblo el 17 de Octubre de 1945.

Para eso hemos estudiado la historia universal, buscando precedentes y precursores de la historia del peronismo. Analicen un poco lo que hemos hecho hasta aquí. ¿Nos hemos limitado a describir los acontecimientos históricos? ¿Nos hemos puesto a relatar siempre vidas de grandes hombres? No; en realidad, yo he presentado a los autores del movimiento peronista, únicos y exclusivos; el general Perón y el pueblo. Ya saben también cual es la medida de nuestro pueblo, porque lo hemos comparado con otros pueblos y, sobre todo, con sus gran-

des manifestaciones de rebelión, con la Revolución Francesa y con la revolución rusa.

Ahora tenemos que estudiar las causas y, luego, el escenario del peronismo, para recién después hacer el relato de sus episodios fundamentales. Creo que ha llegado el momento de considerar cuáles fueron las causas del peronismo. Recuerdo que en el capítulo, por ejemplo, de la historia de la Revolución Francesa, son más las páginas que se dedican al estudio de sus causas que a los acontecimientos de la misma revolución. Todavía hay mucha gente que se dedica a escribir libros que explican por qué se produjeron la Revolución Francesa, la revolución rusa y la revolución americana. No quisiera que eso sucediera con nuestro movimiento peronista. Preferiría que se escriba más sobre lo que hemos hecho que sobre los motivos o las causas de lo que hemos realizado. Sin embargo, no puedo eludir, en ese curso, el tema mismo, y tengo que dedicar una o dos clases al estudio de las causas del peronismo.

Me he puesto a pensar, como podría hacerlo cualquiera de ustedes, sobre este tema, y creo que no es muy complicado llegar a conocer rápidamente las causas que determinaron el nacimiento del peronismo. ¿Cuándo nació el peronismo?

No nació el 4 de Junio, pero tal vez pueda decirse que en esa fecha se levantó el telón sobre el escenario. No es el episodio mismo, porque tal vez lo único peronista del 4 de Junio fue Perón y su proclama. El pueblo todavía no está allí, como estará el 17 de Octubre y el 24 de Febrero o como está ahora todos los días acompañando al general Perón y a su movimiento. El 4 de Junio dio el primer paso el general Perón para llegar a su pueblo, y aunque el ejército que lo acompañaba es parte del pueblo, no es todo el pueblo.

Para demostrar que todavía no había nacido el peronismo, piensen ustedes que el gobierno de la Revolución del 4 de Junio no era totalmente popular, y si no recuerden en el nombre de algunos ministros de entonces, y eso basta. Recuerden que el mismo coronel Perón fue inicialmente colocado en un puesto exclusivamente militar. El peronismo no nació, para mí, el 4 de Junio de 1943, pero tampoco nació el 17 de Octubre, porque el 17 de Octubre de 1945, el peronismo triunfó por primera vez. Quiere decir que para esa fecha ya había nacido.

El peronismo, a mi juicio, nació al crearse la Secretaría de Trabajo y Previsión, nació cuando el primer obrero argentino le dio la mano al coronel Perón pensando: "me gusta este coronel". El pueblo empezó a presentir que ya no era una esperanza, sino una realidad. Quiere decir que el peronismo no nació sólo con la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Nació cuando el primer obrero argentino, al encontrarse con el general Perón, pensó que ya tenía quien le protegiera y que ya se encontraba ante la realidad. Cuando lo ponen a Perón en posesión del cargo de Secretario de Trabajo y Previsión, a él lo aplauden muchos dirigentes gremiales.

Creo que no nos equivocamos, entonces, si decimos que el peronismo empezó a nacer cuando Perón entró a la Secretaría de Trabajo y Previsión, o sea al viejo Departamento Nacional del Trabajo. Desde ese día los obreros, o sea el pueblo, empezaron a formar una sola fuerza con Perón. El peronismo es eso. Es una fuerza integrada por Perón.

Pero volvamos al tema: ¿cuáles fueron las causas del peronismo? ¿Por qué Perón y el pueblo argentino decidieron unirse para tomar el gobierno de la Nación? Para liberarse del imperialismo y del fraude. Porque el pueblo estaba cansado de la gente que ocupaba el gobierno y había perdido la esperanza; estaba cansado del fraude y decidió formar con el coronel Perón una sola fuerza, para lograr sus justas reivindicaciones, pero también para liberarse de la oligarquía, del imperialismo y de los monopolios internacionales, sobre la base justicialista que después creara el general Perón.

¿Por qué el gobierno estaba en tales manos? ¿Qué puntos de contacto existían entre esas fuerzas tan poderosas- oligarquía, imperialismo y monopolios internacionales- que habían vencido o engañado al pueblo argentino durante un siglo? Es que esas tres fuerzas eran nada más que tres formas distintas del capitalismo; por eso estaban tan unidas.

Eran tres formas distintas del capitalismo, en cuyo sistema lo normal es la explotación del pueblo. Por eso estaban tan unidas y por eso tenían puntos de contacto tan poderoso.

El peronismo, que no puede confundirse con el capitalismo, con el que no tiene ningún punto de contacto. Eso es lo que vio Perón desde el primer momento. Toda su lucha se puede reducir a esto: en el campo social, lucha contra la explotación capitalista. No se olviden ustedes el estado en que encontró el coronel Perón al pueblo trabajador cuando entró al Viejo Departamento Nacional del Trabajo, que para suerte de todos fue barrido de la historia del país, porque no había sido más que el trampolín de intereses mezquinos del capitalismo, ya sea internacional o nacional; creando la Secretaría de Trabajo y Previsión, cuna del justicialismo. No pueden olvidarse ustedes que desde esa Secretaría, al realizar el coronel Perón la dignificación del pueblo argentino, afianzó la soberanía de la patria. No puede haber pueblo soberano si el pueblo no es digno.

Además, al crear la justicia social, el coronel Perón tuvo después que buscar el soporte para mantenerla y lograr la independencia económica. La Secretaría de Trabajo y Previsión, creación maravillosa del coronel Perón, es la cuna del justicialismo en el país. No sólo dio desde esa casa felicidad al pueblo, siendo como un rayo de luz y esperanza para todos los hogares proletarios que habían perdido la fe en sus gobernantes, en sí mismos y en los altos valores de la patria. No sólo les dio salarios, sino que los dignificó, y la dignificación del hombre por el hombre no tiene precio. Eso es lo grande de la lucha que tuvo el Coronel en el campo social y que tal vez los argentinos no terminarán nunca de agradecerse-

la. Y al decir los argentinos, me refiero a los argentinos de todos los campos, sean intelectuales u obreros.

En el campo político el general Perón luchó contra las fuerzas de la oligarquía, que no tenían ningún escrúpulo en servir al capitalismo, y aquí podríamos recordar un hecho bochornoso: los vendepatrias, por combatir a un argentino, se unieron a un embajador extranjero, haciendo la vergonzosa marcha de la democracia.

No sólo sirvieron a los intereses foráneos, del capitalismo, para ser instrumento de la explotación de los obreros argentinos, sino también que, en sus mezquinos y bastardos intereses, sirvieron a potencias extranjeras y pidieron su ayuda y su intervención para desterrar de esta patria al más ilustre de los argentinos, que venía a reivindicarla política, social y económicamente, y a implantar una verdadera soberanía; no esa soberanía tanto tiempo declamada y no practicada, sino una soberanía practicada con un sentido patriótico, por un hombre que empezó a hablar, a querer y a actuar como argentino.

Por eso, el general Perón tuvo que luchar contra esa oligarquía que sirvió al capitalismo sin escrúpulos, y también contra las fuerzas internacionales del capitalismo, que querían seguir dominando el gobierno, como lo habían dominado durante un siglo, para explotar mejor al pueblo argentino. No querían resignarse a perder el beneficio de esa explotación de nuestro pueblo, para que éste continuara sirviendo sumisamente sus intereses, mientras ellos despreciaban a los argentinos y los subestimaban, porque jamás los creyeron buenos obreros ni capaces de dirigir nada; sólo los consideraban burros de carga, sin darse cuenta de que el pueblo argentino, dispuesto a engrandecer a la Patria, tiene una estatura que es imposible medir, porque es un pueblo que sabrá morir en las fronteras antes que vivir jamás de rodillas ante nadie.

Por eso, la lucha del entonces coronel Perón en el campo político fue ardua, desgraciadamente, y no quisiera detenerme en esto. Digo desgraciadamente, porque es una desgracia para nosotros que haya habido -y existan todavía- argentinos que sirvan a los imperialismos y a intereses foráneos, contra los supremos intereses de la Nación; es una desgracia que todavía haya argentinos - como los hubo- que se unieron ante las potencias que ya conocemos, porque se sentían más dignos, más "niños bien", o porque no querían seguir perdiendo las cuatro monedas con las les compraban sus conciencias.

Los peronistas y el pueblo humilde de la Patria, el pueblo trabajador y todos los que acompañamos al coronel Perón, podemos sentirnos orgullosos de nuestro egregio apellido de argentinos, porque lo llevamos con honor y lo supimos defender, en las horas inciertas, con la dignidad de buenos argentinos.

Para nosotros, los peronistas, era fácil defender nuestro digno apellido de argentinos, pero desgraciadamente en todas partes se cuecen habas y en todas

partes hay traidores y vendepatrias. Nosotros vimos –y seguimos viendo anadados- cómo es posible que ciertos individuos que se llaman argentinos, sigan siempre defendiendo lo foráneo, aun con mentiras y con intereses que ya no pueden ser ocultos a ningún argentino bien nacido.

Para nosotros fue fácil, pero imagínense ustedes ¡qué dolor habrá sentido el Coronel en su corazón de argentino, en su corazón de patriota, viendo a aquel grupo de destacados, a quienes Dios no había iluminado, para comprender que en esta Argentina de San Martín nos tocaba vivir una época sencilla, humilde, silenciosa pero heroica, en defensa de la patria, recurriendo sólo a nuestra dignidad de sentirnos orgullosos y honrados con nuestro querido patrimonio que es necesario defender en un momento caótico para la humanidad. ¡Qué horas inciertas habrá tenido el coronel Perón en esa lucha política ardua, ante la incompreensión de muchos argentinos, porque a él no le habría interesado el ataque del exterior –al contrario, lo hubiera alentado en sus sueños de patriota-, pero le dolía el ataque de los argentinos aliados a la fuerza foránea, de los que cruzaban el río para despotricar contra el país, de los que se aliaron a embajadores extranjeros, de los que defienden monopolios, como abogados, por cuatro monedas –porque los compran con chauchas-, de esos que ya conocemos, que creían que era de niños bien gustar de todo lo extrajerizante! ¡Qué dolor habrán causado al coronel Perón, pero también qué honda satisfacción habrá tenido al ver que un grupo de argentinos, y sobre todo el pueblo humilde de la patria, las fuerzas del trabajo, lo comprendían y lo seguían, lo que nos demuestra que Dios les había iluminado el alma, tal vez porque los humildes viven al aire libre, con el alma siempre abierta a las cosas extraordinarias! ¡Ellos vieron a Perón y lo siguieron son el entusiasmo y la fe con que solamente los seres superiores pueden comprender!

Siempre he dicho que el mayor enemigo del hombre de genio es el mediocre, aquellos enemigos de Perón son los mediocres. El mediocre es enemigo de toda cosa nueva y por lo tanto enemigo de toda revolución, y lo que había que hacer en el país era una revolución total, tanto en lo político, como en lo social, como en lo económico.

Además, ellos creían todo exagerado, porque eran incapaces de comprender nada de lo que se quería realizar. Es claro, ellos, incapaces de realizar nada que no sea para ellos, están en contra de aquel que quiere realizar algo para la comunidad, algo para servir a todos. Por eso hemos de seguir cuidándonos de tales enemigos que todavía están y siguen trabajando. No nos podemos confiar nosotros en el triunfo que nos ha dado Perón. Debemos seguir manteniendo la llama latente del coronel Perón y continuar nosotros iluminando los senderos de la patria con nuestra vida, con nuestro sacrificio, con nuestro reconocimiento diario al general Perón en esta cruzada patriótica que las futuras generaciones quizás comprendan más que nosotros mismos.

Y luego, además de luchar contra los malos argentinos, tenía que luchar contra los intereses que ya todos conocemos. En el campo económico, el coronel Perón tenía que luchar por la independencia económica y por la economía social. Por la independencia económica: y para eso producía una verdadera mutilación de los imperialismos dominantes, reconquistando los servicios públicos de la Nación, que eran los instrumentos con que nos dominaban. Por la economía social, poniendo el capital al servicio del pueblo, haciendo sentar por primera vez ante una mesa paritaria a patronos y obreros, para repartir equitativamente las ganancias de un capital que había explotado al pueblo y que jamás lo había recompensado con una justa retribución.

Ustedes, con alto criterio, sabrán comprender lo ardua y difícil que habrá sido la lucha del coronel Perón en estos cuatro aspectos que acabo de enunciar ligeramente. Pero cuando se está iluminado por algo superior, cuando la causa es la Patria, cuando el objetivo es la felicidad y la dignidad de su pueblo, no hay escollos, no hay obstáculos ni hay sinsabores que puedan detener. El coronel Perón estaba iluminado por algo divino, y pudo darnos la Argentina de bonanza y de felicidad en que estamos viviendo ahora, y, sobre todo, la dignidad nacional, ya que cada uno de nosotros se siente ahora más orgulloso de nuestro egregio apellido de argentinos. Al traspasar las fronteras, todos los argentinos se dan cuenta de la conquista ciclópea que ha obtenido el general Perón en el sentido de la soberanía y de la dignidad del país, por la cual ha bregado.

La lucha ha sido ardua, pero venció. Venció como vencen los grandes, acompañado por el pueblo, por los hombres y mujeres de bien, por los humildes, a quienes, como ya dije, tal vez porque Dios no les dió riquezas materiales, les brindó la riqueza más grande a que podemos aspirar los hombres y mujeres de bien: la grandeza espiritual para comprender a los grandes y para comprender todo lo superior, viendo con los ojos del alma, que ven mucho más allá...

Es grande la lucha que le hizo el antiperonismo capitalista al general Perón, porque la causa que dio nacimiento al peronismo es, precisamente, el capitalismo. Ya ustedes habrán podido darse cuenta de eso y lo sabrán, sin necesidad de que lo expliquemos.

Perón no es anticapitalista, ni tampoco es anticomunista: Perón es justicilista. Por eso es que los capitalistas y los comunistas se volvieron antiperonistas. Perón quiere hacer realidad su justicialismo; pero eso es combatido por los antiperonistas del capitalismo, la oligarquía y los capitales extranjeros, y por los antiperonistas del comunismo, o sea, por los imperialismos de izquierda y de derecha. Perón está basado en su justicialismo, es decir, en la felicidad, la grandeza y la soberanía de la patria.

Sabemos, pues, que el peronismo es esencialmente distinto del capitalismo. Antes de 1943, el capitalismo no tenía más que un solo enemigo: el comunismo.

El capitalismo no podía seguir dominando en el mundo y a la larga iba a ser vencido por el comunismo, porque a los pueblos no se los puede explotar indefinidamente. Todo tiene su fin. Ante el peligro de ser vencido el capitalismo en manos del comunismo, y ante la desgracia que azotaba al mundo, de un capitalismo sin patria ni bandera y aun desnaturalizado, Perón decidió salvar a su pueblo de los dos males: el antiguo del capitalismo y el futuro del comunismo. Por eso podemos decir que el comunismo es otra de las causas del peronismo, pues si no hubieran existido en el mundo el capitalismo y el comunismo, Perón tal vez no hubiese debido crear el justicialismo como doctrina del peronismo, y todos los países quizás hubieran vivido dentro de una grandeza espiritual, con soberanía, con independencia económica y con justicia social.

De allí que al estudiar las causas del peronismo, tengamos que analizar al capitalismo representado directamente por la oligarquía, los imperialistas y los monopolios internacionales, y al comunismo como causa indirecta, representado por los falsos dirigentes del pueblo que sólo quieren someterlo a una explotación tan inhumana como la del capitalismo.

Para comprender bien la historia del peronismo, hay que establecer bien claramente que no es el peronismo un simple movimiento político, y en este sentido es muy importante que ustedes piensen, cuando están al frente de las unidades básicas, que están representando a un movimiento de una causa superior y no a los viejos partidos de la política circunstancial, que sólo trabajaban sobre la mentira y el engaño. El Partido Peronista es un movimiento superior, y eso lo debemos grabar nosotros muy profundamente en nuestros corazones.

El peronismo ha cambiado todo el orden político, económico y social de la Nación. Lo que antes había, no tiene nada que ver con lo que hay ahora. Esto es lo que debe entender claramente cada peronista. Lo que había antes de la reforma de Perón era un sistema capitalista de gobierno y de vida. Lo que hay ahora es un sistema distinto, que Perón llama justicialismo, pero que la historia indudablemente unirá siempre al nombre de Perón y le llamará, como le llaman los niños, los humildes y los trabajadores de la patria: peronismo.

La mayor parte de los peronistas están de acuerdo, y en eso coinciden todos los peronistas, con que el peronismo es una cosa completamente distinta del comunismo. Pero de lo que todos no están convencidos es de que el peronismo también es absolutamente distinto del capitalismo. Esto es muy importante que lo aclaremos. El peronismo es completamente distinto del capitalismo, y no vamos a caer nunca en el error de creernos pequeños oligarcas, porque con la oligarquía nace el capitalismo.

Observen ustedes que yo no he dicho que el peronismo es anticomunista o anticapitalista. Ser "anti" es estar en posición de pelea o de lucha, y el peronismo quiere crear, trabajar, engrandecer a la patria sobre la felicidad de su pueblo.

Los que pelean son ellos; unos, porque sirven a intereses internos mezquinos y bastardos, cuando no a intereses también foráneos de imperialismos de derecha.

Nosotros no queremos destruir a nadie. El mundo está dividido en dos bandos y nosotros no queremos destruirlos a los dos, porque destruiríamos a la humanidad. Nosotros queremos que los dos bandos se den cuenta de que ninguno de ellos tiene razón, y de que la razón es nuestra. Tenemos la solución que ellos no tienen, ¿para qué vamos a pelearnos? Ellos no tienen la solución, porque ninguno de los dos quiere dejar un poco de su egoísmo y de su ambición, y, además, porque a ninguno de los dos le interesa servir honrada y lealmente a sus pueblos y a la humanidad.

Nosotros no tenemos necesidad de pelear. Es como si estuviéramos viendo a dos hombres que se pelean por unas monedas, ¡aunque éstos se pelean por algo más! Nosotros sabiéndonos ricos (no lo seremos en dinero, pero somos ricos en felicidad, somos ricos por nuestra doctrina, por nuestra dignidad y porque tenemos la verdad; somos ricos porque hemos tenido la suerte de encontrar un conductor que nos entregue todas estas cosas, y la felicidad de que Dios nos haya iluminado para comprender a un hombre de los quilates del general Perón); sabiéndonos ricos, nos declarásemos enemigos de aquellos dos, para luego darles una parte de nuestras riquezas ¡sería una locura!

Lo que conviene aclarar bien es que el peronismo es totalmente distinto del capitalismo. Nosotros queremos trabajar, queremos construir la felicidad de nuestro pueblo, y deseamos honradamente que todos los pueblos vivan en paz, que sean felices y que trabajen con la misma alegría con que trabajan hoy todos los argentinos, quienes, mientras el mundo se debate entre odios, dolores, persecuciones y muertes, saben que están construyendo cada día una Argentina más grande y más feliz de lo que la encontraron.

Los argentinos, en esta hora incierta de la humanidad, tenemos el privilegio de soñar en un futuro mejor; ese privilegio se lo debemos a Perón. ¿Quién en el mundo puede soñar? ¿Qué pueblo en el mundo, en este momento, puede soñar un futuro mejor? El mañana se les presenta incierto... Y aquí, los argentinos están pensando en su casita, en sus hijos, en que se van a comprar esto o aquello, en que van a ir a veranear. Es que el nuestro es un pueblo feliz. Eso sólo bastaría para que todo el bronce y el mármol del mundo no nos alcanzara a los argentinos para erigir el monumento que le debemos al general Perón.

Me he vuelto a salir del tema. Tratándose del General me entusiasmo tanto en mi extraordinario amor a su causa y a su persona, que me salgo del tema.

Hoy quiero ocuparme de probar que el peronismo es totalmente distinto del capitalismo, y perdonen que yo insista tanto en esto, porque es peligrosísimo que pueda renacer el espíritu oligarca entre nosotros; que se pueda engendrar

en nosotros en pequeño y que después, en grande, renazca el capitalismo y degenerar este extraordinario movimiento que se ha amasado con el sacrificio y tal vez también –por qué no decirlo–, en la ofrenda diaria de la vida de un patriota como es el general Perón.

En las próximas clases veremos que el comunismo tampoco tiene nada que ver con el justicialismo. Para entender mejor en qué se diferencia el capitalismo del justicialismo tal vez sea conveniente conocer un poco la historia del capitalismo. A mí no me corresponde hacer el análisis del capitalismo. Es materia de otros profesores. Tal vez ellos, con más elocuencia y eficacia que yo, lo harán, pero yo voy a abordar el tema aunque sea superficialmente, para referirme a algo que es causa de nuestro movimiento peronista, o sea el capitalismo.

El capitalismo aparece en el mundo alrededor del año 1700. Algunos lo hacen nacer después de la creación de la máquina y de la evolución industrial que la máquina produjo en el mundo. Ustedes saben que la primera máquina industrial –la de vapor–, fue lanzada al mundo prácticamente en 1705 y que mucho tiempo más tarde se construyó la primera máquina de hilar. ¿Por qué, sin embargo, decimos que en 1700 el mundo conoce lo que era el capitalismo? Porque el capitalismo significa que toda la riqueza está al servicio del individuo que la acumula, y el maquinismo, con su evolución, trajo aparejado el cercenamiento de la actividad individual y el aprovechamiento en mayor escala del capital.

El capitalismo existe cuando unos pocos individuos son los poseedores de la riqueza, y el capitalismo nace, a mi juicio, antes de 1705, en que se comienza la revolución industrial. Para demostrar que en 1700, o tal vez antes, ya había capitalismo, vamos a hablar un poco de Inglaterra, por ejemplo. En ese país unos pocos eran poseedores de la riqueza. En 1700 Inglaterra ya tenía las características de una sociedad capitalista, de una sociedad donde unos pocos ricos explotaban a muchos pobres.

¿Cómo se habrá llegado a esa situación, dirán ustedes? Por distintos caminos, en cada país se ha roto el equilibrio de la propiedad privada. La tierra dejó de ser propiedad de las corporaciones como propiedad común en las ciudades o aldeas, como sucedía en la Edad Media, pasando a ser propiedad de unos privilegiados, amigos o parientes de los reyes, comerciantes enriquecidos, etcétera. El caso de Inglaterra es típico; allí la iglesia administraba un 30 ó 35% de las tierras laborales, por medio de comunidades y corporaciones. Cuando Enrique VIII expropió todos los bienes de la iglesia, tuvo la gran oportunidad de hacer una buena distribución de esa tierra, que no estaba en manos del pueblo ni bien distribuída. Pero no sólo no lo hizo así, sino que, poco a poco, fue entregando la tierra a unos pocos que incluso, ya poseían grandes extensiones; y las entregó gratuitamente o por sumas irrisorias. Así fue como el 50% de las tierras inglesas quedaron en manos de unos pocos poseedores, que dieron nacimiento a los lores, como se llamó desde entonces a los grandes terratenientes. Cuando apareció la industria, ¿quiénes podían comprar las máquinas a invertir capital en la

construcción de fábricas, que necesitaban mucho dinero para su instalación? Solamente los terratenientes. Así, la oligarquía de terratenientes pasó a ser una oligarquía industrial.

Eso en Inglaterra. En otros países -y por otros procedimientos similares-, los pocos poseedores de la riqueza se hicieron industriales. Por esto digo que el capitalismo, en mi concepto, existía ya antes de la industria.

Desgraciadamente, a los pueblos se los explotó siempre por castas privilegiadas, ya sea de terratenientes, reales, de comerciantes, pero siempre se los explotó. Los industriales, que ya eran terratenientes, tenían gran influencia en los gobiernos; era lógico, desde que eran los poseedores de la riqueza. Con el nuevo poder de la industria, los dominaron totalmente. Así fue como el gobierno político de las naciones pasó a manos del prócer capitalista. El gobierno se dirigía desde las cámaras de comercio -aquí lo sabemos muy bien- y desde las industrias.

Un ejemplo típico de eso es el Wall Street, cuyos magnates tienen fácil acceso al gobierno y están en el gobierno mismo, no conformándose con dominarlo en su patria, sino que quieren dominar en el mundo.

Pero el problema no terminó allí. Las industrias nacionales fueron creciendo hasta un punto en que la producción debió empezar a exportarse, y hubo que asegurar mercados en el resto del mundo. Desde este momento, el poder económico del capitalismo presionó a los gobiernos para lanzarlos a la guerra imperialista o a la conquista pacífica del mundo. A los que tenían dignidad, debían dominarlos por la fuerza; a los que habían nacido para ser sirvientes, los tenían de rodillas y les resultaban más baratos. Donde los gobiernos no entregaban la riqueza nacional, promovían las guerras. Méjico, Cuba, y los boers son un ejemplo. Inglaterra, en cincuenta años, llevó más de cuarenta guerras de conquista. Donde los gobiernos se entregaban como títeres, como he dicho, entraban a sus anchas, ya que ni siquiera tenían que gastar en sueldos administrativos. ¡Vean ustedes qué baratos!

Vean ustedes cómo va entroncándose en la historia el capitalismo también con nuestra historia. Eso lo conocemos bien nosotros, porque hasta hace muy pocos años hemos vivido en las garras de ellos, que todavía ahora no pueden resignarse a haber perdido el cetro de esto, que ellos decían que era una colonia mucho más barata que otras, porque nos administrábamos solos; ¡y tenían razón!

En la República Argentina, el capitalismo entró solapadamente. No tuvo necesidad de hacer la guerra, aunque lo intentó en 1806 y 1807. En el orden internacional, el capitalismo se parece al capitalismo en el orden interno de la sociedad. En la sociedad capitalista, hay hombres poseedores de la riqueza, o capitalistas, que ponen el dinero, y hombres desposeídos, que ponen el trabajo. Lo mismo

ocurre en el orden internacional, donde hay países supercapitalistas que ponen el capital y países sometidos que ponen el trabajo.

Nuestro país nació en un mal momento desde este punto de vista. Nació en el momento de la plena juventud del capitalismo y del supercapitalismo. El supercapitalismo, bajo el pretexto de hacernos progresar, empezó a dominarnos de 1850 en adelante. Esperó a que estuviéramos en paz, porque el capital jamás se arriesga en países intranquilos. Primero nos dejaron pelear hasta que logramos nuestra independencia, y cuando estábamos completamente tranquilos entraron. Cuando llegaron a la República Argentina, se encontraron con que el gobierno estaba en manos de la oligarquía, cuyo origen es en parte oligarca de sangre, antiguas familias patricias, etc., y en parte de dinero, algunos terratenientes.

Por eso nosotros debemos cuidarnos de la baja política de círculos y sólo preocuparnos de la alta política de los intereses de la Nación y del pueblo. Por el mezquino interés de llegar, en una ambición desmedida, se hacían aliados hasta del diablo en contra de los intereses del pueblo y de la Nación. Para éstos no habría castigo suficiente porque traicionan a lo más sagrado: la Patria.

Eran hombres que no tenía corazón; sólo querían estar en el gobierno y pasarla bien. Políticos ambiciosos, mediocres y baratos que quieren todavía llegar al poder sin importárseles cómo ni haciendo qué. Si pueden llegar engabando con piel de cordero mejor, y si llegan empujando también, porque no les interesa cómo. Solamente les interesa no tener líos, y ellos arreglarían cualquier lío internacional con tal de pasarla bien; es decir, engañando al pueblo volverían a entregar la Nación.

Pero nosotros, los peronistas, estamos ya muy bien acostumbrados, gracias a Perón, y muy alertas; y a cualquier gobernante que quisiera obrar de esa manera, que fuera un mal peronista o un opositor, lo arrojaríamos del país de la fuerza. Porque hay algo que no ha enseñado el General: amar a la patria y ver cuáles son los enemigos de ella. Hay algo que nos ha enseñado el General: amar a nuestro pueblo y saber cuáles son sus enemigos. Sobre todo, el General nos ha enseñado a ver cuáles pueden ser los males, y nos ha dado la solución para la felicidad de nuestro pueblo. Lo que no aceptará jamás el pueblo peronista es que alguien pueda hacer alianza con los enemigos de la Nación, ni siquiera disimuladamente, porque lo advertiríamos con los ojos del alma y con la intuición que el pueblo tiene. Y tampoco nadie podrá ya volver atrás la conquista social de que disfruta el pueblo argentino, gracias a Perón y por Perón.

Para defender la justicia social, la independencia económica y la soberanía política, ya no necesitamos venir a esta escuela Peronista; eso nos lo enseñó Perón el día que apareció en la Patria; eso nos lo enseña Perón todos los días con su ejemplo, con su vida espartana y de patriótico sacrificio, que nos enorgullece a todos. Esas tres cosas nos las enseñará siempre el recuerdo ilustre del general

Perón, y las futuras generaciones de argentinos, al elevar su memoria hacia Perón, sabrán que tienen que cumplir aquellos tres objetivos, haciendo cada día más feliz a la Patria, engrandeciéndola económica y políticamente, y velando por su soberanía, jamás desmentida, pues la hemos sentido siempre anidada en nuestro corazón, aunque el general Perón fue quien nos hizo poner de pie a todos los argentinos para defenderla.

Dice uno de los alumnos algo muy simple y muy sabio: Para no equivocarnos, hay que amarlo siempre a Perón. Sí, porque amando siempre a Perón el pensamiento no se detiene más que en acciones nobles, la vista no se fija más que en cosas buenas y grandes, y siguiendo su figura no se pueden realizar sino grandezas para la patria y para el pueblo.

Yo pienso, compañeros y compañeras, que las conquistas no se discuten: se defienden, como dijo el General. La justicia social, la independencia económica, la soberanía de la Patria, no deben discutirse; ha llegado el momento en que deben defenderse. ¿Cómo hay que defenderlas? Empezando por ofrecer la vida misma, si es necesario, pero no con palabras sino con la acción, siguiendo al general Perón.

Es necesario que nosotros, que tenemos el privilegio de llevar el estandarte peronista, que es justicia social, independencia económica y soberanía política; nosotros, que tenemos el privilegio de contar en nuestro partido con la figura señera del General, no podemos permitir que cuatro descastados o descastadas levanten la tribuna para difamarlo. Nosotros no podemos permitir que se toque al general Perón, porque él debe ser tan sagrado como la Patria y ha de ser tanto o más sagrado que nuestra vida. ¿De qué vale vivir la vida si no se es capaz de entregarla ante el altar de la Patria por una causa superior? Si en algún momento me pidiera el general Perón mi vida, yo se la entregaría feliz porque así habría hecho algo grande, sirviendo a la Patria y a un hombre de los quilates del general Perón. Por eso digo que, llegado el momento de la bastarda discusión callejera, no debemos aceptar jamás que se lo ataque al general Perón. Tenemos que juramentarnos en eso, y hay muchas maneras de hacer callar a los vendepatrias. Tenemos que hablar a todos los peronistas para que la obra de Perón y Perón sean inatacables. En cambio, podemos aceptar que se toque a algún funcionario, porque a lo mejor así se nos podrán abrir los horizontes y sugerírsenos ideas, pero las obras de Perón y Perón no pueden ser tocadas por quienes siguen vendiendo la Patria al diablo. Nosotros no vamos a permitir que cuatro argentinos nos amarguen el alma queriendo manchar lo que es immaculado; la figura ya gloriosa del general Perón. Yo le voy a pedir permiso al Director de estos cursos para dictar una clase especial sobre este tema, porque debemos dar la seguridad al general Perón de que vamos a desterrar a los políticos de círculos, y si no podemos hacerlo, tenemos que ir poco a poco silenciándolos y olvidándolos, que es una manera de enterrarlos, ¡de primera, pero enterrarlos!

Pero puede tener la plena seguridad el General, que nosotros los humildes, los pequeños, no aspiramos a otro honor que no sea el de colaborar con él; no queremos más cargo ni podemos ambicionar más distinción sino que algún día digan de nosotros que fuimos colaboradores anónimos -más grandes todavía-, pero leales, constantes y disciplinados hasta el renunciamiento.

Por eso yo, tal vez especulando un poco, no ambiciono ni quiero tener ningún título dentro de nuestro movimiento, porque no pasarán a la historia los que tengan cargos, ya que Perón es único; pasarán a la historia los humildes que acompañaron a Perón, porque a la historia no pasarán más que Perón y el pueblo. ¡Por eso, no pudiendo ser Perón, yo quiero ser pueblo! Los políticos, los que acompañan al General en los grandes cargos -que me perdonen, yo los quiero mucho, como todos ven-, no pasarán a la historia; forman un partido político. De nuestro movimiento no surgirá nada más que el pueblo y Perón. Yo quiero tener el honor de compartir esa gloria dentro del pueblo.

En eso, el general Perón debe tener la esperanza -porque no podemos decir, desgraciadamente, que le podamos dar ya la satisfacción de haberlo logrado totalmente- de que todos los peronistas de buena voluntad vamos a proceder así y a formar en nuestro corazón de peronistas auténticos la férrea voluntad de apartar de nuestro lado a todo aquel que haga "trenzas", que se sienta más importante de lo que es, para cumplir todos con el ya histórico lema del general Perón: "Uno para todos y todos para uno".

Vuelvo nuevamente al tema. A los otros, a los que no se encontraban del lado de la oligarquía -como Sarmiento- lo entusiasmaron con el progreso técnico. Así fue poco a poco cayendo el país en manos de capitalismo internacional, con la complicidad de la oligarquía gobernante y de los que, con motivo del progreso técnico, entregaron todo sin control.

Ya pueden ustedes ver claramente cómo el capitalismo conquistó al país y entender por qué cualquiera que quisiese gobernar libremente a la Nación debía romper el poder capitalista. Eso es lo que hizo Perón en sus tres formas: capitalismo interno, supercapitalismo y oligarquía que los servía en el gobierno del país. Son tres sistemas muy poderosos, con los que tuvo que luchar el general Perón y que todos conocemos. Poco a poco los capitalistas extranjeros vieron que era mayor negocio hacer algunas cosas aquí que hacerlas en Europa o en Estados Unidos, y los ricos de aquí aprendieron también ellos a ganar más dinero explotando a los obreros. Así se fue creando poco a poco el problema social, político y económico del capitalismo argentino.

Tenemos, entonces: un supracapitalismo que sacaba la riqueza argentina hacia el extranjero, un capitalismo interno que explotaba a los trabajadores directamente y una oligarquía que respetaba y ayudaba la acción de los capitalistas en nombre de la libertad. Pero una era la libertad de los ricos patrones y otra la

libertad de los obreros: la de los patrones, la de enriquecerse, y la de los obreros, la de morir de hambre. ¡Creo que hay una pequeña diferencia!

La oligarquía en el gobierno servía los intereses de los ricos y nunca la del pueblo. Cuando alguien en el gobierno hacía una cosa rara, no muy capitalista, contra ése se lanzaba un instrumento poderoso creado por los supracapitalistas, que lo llamaron –y siguen llamando– "el cuarto poder", y que todos conocemos. El capitalismo aseguró bien sus planes, pero no contó, tal vez, con que el hombre no podía ser explotado siempre. Un buen día se agruparon los obreros en sindicatos, y aunque fueron perseguidos, no fueron destruídos. El hambre y el dolor de sus hijos los unió para siempre. Poco a poco la reacción fue creciendo y empezó a hablarse en el mundo de la doctrina comunista. El capitalismo, sin embargo, se encerró en sus posiciones, porque es egoísta, frío y calculador, y de tan calculador el diablo perdió. En este momento lo estamos viendo claro en el mundo. Perón ha dicho muchas veces: por querer salvarlo todo, van a perder hasta la cabeza. Pero no quieren saber nada.

Ante el peligro comunista, y antes que el pueblo lo aceptase como solución desesperada, Perón tomó en sus manos la tarea inmensa de hacer en la Argentina una cosa nueva, porque Perón es de los hombres a quienes les gusta andar por los caminos nuevos, a diferencia de otros a quienes les gusta siempre caminar sobre las cosas hechas. El grupo grande se conforma con un éxito, mientras que el grupo pequeño no se conforma sino con la gloria.

Perón respira y aspira el aire del siglo que ha de cantar sus glorias y vive casi en la eternidad. De esos hombres es el general Perón. Él empezó a hablar de substituir la lucha por la cooperación y los obreros lo siguen. Son más generosos y pueden comprender más porque no tienen el alma cerrada por la avaricia, mientras los capitalistas lo niegan y lo acusan de demagogo. Perón, entonces, crea en el país el gran instrumento que da la solución: la justicia social. La justicia social empieza a destruir al capitalismo. El capitalismo sólo tiene por finalidad aumentar el capital: dinero, dinero y más dinero. La justicia social exige que ese dinero sea distribuido, como decía el entonces Coronel, equitativamente; que gane el capital, pero que el capital sea útil al hombre, al obrero y a la familia.

El capitalismo tiene su propio fin en el dinero. El justicialismo de Perón tiene su fin en el hombre. Ahí está la gran diferencia. En la Argentina justicialista podrá haber capital, pero no capitalismo.

Podrá haber fábricas e industrias, pero no explotación de los trabajadores. Es decir, nosotros no estamos contra el capital constructivo, nacional, siempre que éste también sea humanizado. El justicialismo es tan distinto del capitalismo, que tal vez yo no lo sepa explicar en términos técnicos; tal vez lo haría mejor, en ese sentido, el doctor Gómez Morales. Pero ésa es una verdad tan grande, que

los que ahora atacan a Perón no son los anticapitalistas sino los mismos capitalistas.

Pero no les tememos. "Ladran, Sancho -decía Don Quijote-, señal que cabalgamos". Ellos van a tener un despertar muy violento. Nosotros, felizmente, gracias a Perón, ya hemos despertado, y estamos de pie junto al pueblo. Cuando pase esta hora de incertidumbre, el mundo entero verá que Perón tenía razón; haremos que se salve del comunismo, salvándolo a la vez de capitalismo. Ya hoy los obreros del mundo ven en el general Perón una luz, y nosotros, los argentinos y los humildes, ya hemos abrazado al General para hoy, para mañana y para siempre.

SEXTA CLASE DICTADA EL 10 DE MAYO DE 1951

Tomaré algunas consideraciones hechas en mi clase anterior sobre el capitalismo, para seguir estudiando las causas del peronismo.

En esa oportunidad dije que el peronismo nació en la historia el día en que los obreros, los primeros obreros, vale decir, el pueblo, se encontraron con Perón, después del 4 de Junio y antes del 17 de Octubre; y vieron en él la esperanza que habían perdido después de un siglo de oligarquía.

Ese encuentro se realiza por primera vez, el 27 de noviembre de 1943, cuando Perón decide crear la Secretaría de Trabajo y Previsión, y deseo dejar bien claro esto por varias razones. Primero porque yo debo enseñar la historia del peronismo; la verdadera historia, y además porque esto nos demuestra que el general Perón siguió, desde el primer momento de la revolución del 4 de Junio, un camino distinto del que siguieron los demás hombres de la revolución. Para él la revolución no consistía en cambiar un gobierno por otro, sino en cambiar la vida de la Nación.

En mi clase anterior dije que el peronismo no había nacido el 4 de Junio y que aquella fecha era el telón que se levantaba sobre el escenario donde se iba a desarrollar uno de los acontecimientos más destacables en la historia del mundo; y lo dije muy bien, porque ustedes conocen las razones que tengo para decir que el 17 de Octubre es una revolución tal que en el mundo no ha habido otra igual. No puede compararse a ninguna otra revolución que la humanidad haya realizado. La revolución del 4 de Junio no tiene de peronista nada más que la proclama, porque para nosotros, lo quiero dejar bien aclarado, la verdadera revolución es el 17 de Octubre.

Cuando el general Perón quiso hacerse cargo del Departamento Nacional del Trabajo, le hizo llegar ese pedido al señor Presidente de la República. En ese momento muchos se rieron de aquella aspiración que consideraron una ocurrencia peregrina; pero como era la primera vez que el coronel Perón pedía algo, por eso, lo nombraron. No tanto porque era la primera vez, sino porque pedía algo que ellos creían que era un puesto mediocre, sin importancia y que era cosa de locos pedir el Departamento Nacional del Trabajo. Ellos opinaban así porque no pensaban realizar una revolución integral, sino un cambio de hombres; no pensaban como el general Perón.

El entonces coronel Perón siguió siendo ministro de Guerra por inspiración de sus compañeros, mejor dicho por imposición de los mismos, tal como lo relata el mismo general en sus memorias que transcriben también la distinta forma de actuar de Perón en la revolución del 4 de Junio con respecto a la forma como actuaban los demás. Esto nos permite deducir que para Perón las causas de la revolución no eran las mismas que para los demás. Tan distintas eran las causas que por dos veces consecutivas Perón tuvo que jugárselo todo y exigir la desti-

tución del Presidente de la República. Yo no puedo menos que decir esta verdad que nadie podrá discutir y es que para salvar la revolución y el movimiento, el coronel Perón tuvo que exigir, junto con un grupo de compañeros, el reemplazo del Presidente de la República.

Porque Perón había realizado la revolución por causas que no son las que perseguían otros compañeros suyos. Los demás creían que las causas de la revolución eran el fraude y la inmoralidad en la administración pública, y los círculos políticos que no se ocupaban del país, sino de seguir en el gobierno a cualquier precio y a cualquier costa. Perón veía más allá. Si todo hubiese consistido solamente en eso, la revolución hubiese cumplido con el pueblo en muy poco tiempo. Con una simple reforma política se arreglaría todo; pero era mirar el problema muy superficialmente. Si bien era un problema fundamental el fraude con que se había engañado al pueblo por tanto tiempo; si bien era un problema serio para los gobiernos anteriores la inmoralidad administrativa, el problema más serio -y aún el más agravante para el pueblo- era la explotación del hombre por el hombre y, por otra parte, la entrega constante de la Patria a la potencia extranjera que pagara más. Pero, para desgracia de los argentinos, no sólo se vendía la Patria; se rendía pleitesía a las potencias con el solo fin de tener amigos importantes en el extranjero. Eso era más fundamental.

El objeto principal era pues establecer la justicia social, que debía realizarse a pasos agigantados en nuestro país, que estaba atrasadísimo en legislación social. Era necesario dignificar al pueblo argentino y consolidar además la soberanía nacional, que era declamada, pero que no se practicaba ni se realizaba de la manera como la soñaban todos los argentinos de bien. Eso era lo que más preocupaba al general Perón.

Pero el General Perón veía mucho más lejos. Comprendió que la guerra terminaba; que posteriormente a la guerra contra los totalitarismos fascistas, comenzaría en el mundo una nueva lucha entre el capitalismo y el comunismo. Eso advirtió entonces: que el capitalismo era un simple sistema de explotación del hombre, que estaba destinado a ser vencido en el mundo precisamente por eso, y además, por ser imperialismo. Y advirtió también que el único sistema que podía vencer al capitalismo en ese momento era el comunismo, también sistema de explotación del hombre, también imperialismo. Es decir, el capitalismo y el comunismo representaban dos peligros para la humanidad.

Perón había comprobado también que en nuestra patria ambos imperialismos tenían ya sus puntas de lanza. El imperialismo capitalista estaba representado aquí por nuestra oligarquía, las organizaciones económicas, los monopolios internacionales, la prensa, los representantes de los imperialismos capitalistas y los partidos oligárquicos. El comunismo estaba representado por el Partido Comunista, agentes infiltrados en la dirección de todos los demás partidos y algunos dirigentes sindicales, mercenarios unos y engañados otros. También se

plegaban al imperialismo comunista muchos obreros a quienes la desesperación echaba en sus brazos.

Y Perón llegó a la siguiente conclusión. Si la revolución quiere salvar realmente al pueblo argentino, no deberá realizar simplemente la reforma política; deberá también llevar a cabo la reforma social que anule la acción del comunismo y la reforma económica que rompa el dominio capitalista. Esto era de vital importancia para la Patria. Pueden ustedes ver claramente que, si quisiéramos distinguir las causas del peronismo de las causas de la revolución de junio, deberíamos decir: las causas de la revolución de junio fueron simplemente políticas; las causas del peronismo fueron también políticas, pero fundamentalmente económicas, sociales y patrióticas.

Ya hemos visto cómo actuó el capitalismo en su carácter de causa del peronismo; ahora veremos cómo actuó el comunismo. Es decir, hemos tratado la causa "capitalismo" sintéticamente en la clase anterior, exigidos por el escaso tiempo, pero estoy segura de que todos ustedes conocen bien el punto y saben bien cuáles son las armas poderosísimas, económicas, políticas o periodística, que utilizó el capitalismo para destruir el justicialismo, al que consideró casi más peligroso que al comunismo, porque sabe que el justicialismo es el único sistema que llevará la felicidad a los pueblos. De allí que para los capitalistas el justicialismo sea enemigo poderoso, pues si se difundiera en el mundo significaría su derrota definitiva.

El comunismo en el mundo. La historia del comunismo nos permitirá comprender mejor la historia del peronismo. El peronismo y el comunismo se encontraron por primera vez el día que Perón decidió que debía realizarse en el país la reforma social, estableciendo al mismo tiempo que la reforma social no podía realizarse según la forma comunista.

Piensen ustedes que si para hacer la reforma económica Perón tenía que mutilar el imperialismo capitalista, haciendo la reforma social quitaría al comunismo, y a su correspondiente imperialismo algo que ellos consideraban presa muy codiciada: las masas obreras. Para anular al capitalismo, concibió Perón la independencia económica, y la realizó, porque lo grande de Perón es que no es un teórico, sino un maestro realizador. Para anular la acción comunista concibió la justicia social y también la realizó. Eso es lo grande de Perón. Ha salvado al país de dos fuerzas poderosísimas que oprimían a las naciones y explotaban al hombre. Eso es lo que más le agradecerán las generaciones venideras y nosotros, tal vez por tener el privilegio de estar viviendo en la época de Perón, si es cierto que lo comprendemos, si es cierto que lo seguimos, que lo queremos y lo apoyamos, no lo apreciamos en todo su valor, porque lo tenemos demasiado cerca y Perón es demasiado grande. Perón, con el tiempo y la distancia, se agrandará más aún, si es posible, y las generaciones venideras no terminarán de bendecirlo por

haber hecho una obra tan gigantesca, no sólo en bien de la clase trabajadora, sino también de todos los argentinos; y a nosotros nos queda la responsabilidad histórica de consolidar la justicia social o de avalarla, como así también la independencia económica y la soberanía nacional.

Muchas veces ha dicho el general Perón que el capitalismo es la causa del comunismo. Eso no todo el mundo lo comprende bien; sobre todo los capitalistas, pero eso es indudable. Una prueba de ello es que las primeras reacciones obreras de carácter comunista aparecieron en Inglaterra, cuna del capitalismo. Decir que el comunismo nació con Marx, no es una verdad absoluta. Marx solamente interpretó con una doctrina la rebeldía de los obreros explotados. Antes que él ya existía en el mundo el sentimiento de rebeldía comunista y mucho antes que Marx publicara *El Manifiesto* y *El Capital*, ya existían en Inglaterra sociedades secretas de trabajadores que ya habían realizado las primeras revueltas obreras contra la explotación capitalista, mucho antes que viviera Marx.

En 1817, una sublevación de los obreros algodoneros, en Manchester, había sido sofocada por escuadrones de caballería. En 1824, los obreros ingleses realizaron en todas las ciudades una campaña de agitación; y asómbrense ustedes, para conseguir que se acordase el derecho de votar a todos los hombres mayores de edad, pensando ingenuamente que así lograrían imponerse en la Cámara de los Comunes, y que se redujese la jornada de trabajo de 14 a 10 horas.

Largo sería analizar toda la historia del movimiento obrero mundial antes de Marx y del comunismo, pero esto es para aclarar que antes de Marx ya los obreros habían levantado su grito en contra del capitalismo.

El comunismo fue una forma de la rebeldía proletaria, y por eso tuvo éxito. Los obreros del mundo no entendían las obras de Marx, pero seguían el grito de Marx: "Proletarios del mundo, uníos", porque se daban cuenta de que sólo unidos se salvarían de la opresión capitalista. El mismo Marx, ante la crítica de que hacían objeto a su obra, *El Capital*, que era de difícil comprensión y que se la hacían los propios trabajadores, decía: "No hay en la ciencia caminos anchos y sólo pueden alcanzar las cumbres luminosas los que no caigan por la fatiga en los caminos estrechos". Esto está en una carta escrita por Marx a su editor de *El Capital*.

El gran éxito de Marx reside no tanto en haber escrito *El Capital* y el célebre *Manifiesto*, sino en haber visto que frente al capitalismo, fuerza internacional, sólo podía oponérsele la unión de todos los obreros del mundo. Marx, que vivió muchos años en Inglaterra, en una extrema pobreza, vio que muchos de los obreros ingleses unidos desistían de oponerse a los capitalistas ingleses, exigiéndoles mejores salarios y jornadas de 10 horas, ya que éstos iban a buscar obreros a Polonia y a Alemania. Esto le hizo comprender que el movimiento obrero debía ser internacional y, en 1866, fundó en Londres "La Internacional"; y Marx personalmente le infundió el sello de sus ideas. En 1866 se realizó el

Primer Congreso Internacional Comunista con sesenta delegados. Marx murió en 1883, en Londres, a los 65 años; y en el mismo día Engels escribió: "La mejor cabeza del siglo XIX ha dejado de pensar". Desde entonces millones de hombres y de mujeres han visto en Marx una bandera, e invocando su nombre los obreros han luchado durante un siglo contra el capitalismo. ¡Claro, porque estaban desesperados!.

Yo les voy a decir por qué pasaba todo eso, porque frente a Marx no ha habido términos medios. Solamente nosotros, que no somos capitalistas ni comunistas, que no tenemos por qué odiarlo, porque no estamos en el sector de sus enemigos, no tenemos por qué quererlo ni hacerlo semidiós, porque no estamos con él ni él es nuestra bandera. Podemos analizar su obra y su figura con serena frialdad, y tal vez, por primera vez, después de su muerte, con una gran imparcialidad.

En el movimiento comunista del mundo debemos distinguir tres cosas: primero, la figura de Marx y su doctrina; segundo, el movimiento obrero; tercero, el imperialismo comunista. Sobre estos tres puntos deseo dar mi opinión porque así podré ubicar mejor el movimiento peronista en la historia.

La figura de Marx y su doctrina. Para nosotros Marx es un propulsor, ya he dicho que vemos en él a un jefe de ruta que equivocó el camino, pero jefe al fin. En él hay dos aspectos fundamentales: primero, el organizador o conductor del movimiento obrero internacional; y, segundo, el creador de una doctrina. Como conductor del movimiento obrero internacional, los pueblos del mundo le deben que les haya hecho entender que los trabajadores deben unirse. Recuerden ustedes que eso mismo repite y repetirá siempre el general Perón a sus trabajadores. Unidos, dice Perón, los trabajadores son invencibles.

Si Marx hubiese hecho solamente eso y si se hubiese dedicado a esa teoría, uniendo a todo los trabajadores del mundo en procura de soluciones justas a sus problemas, su gloria sería indiscutible. Pero lo discutible de él es y seguirá siendo siempre su doctrina; estaba destinada al pueblo y muy pocos hombres del pueblo la abrazaron conscientemente, muchos tal vez inconscientemente, sin saber con exactitud de qué se trataba, más bien como un gesto de rebeldía que como una solución. Y aquí quiero hacer presente un recuerdo de Italia. Recuerdo que en ese país le decía Togliatti al Padre Benítez: "Nosotros no tenemos todavía un plan definitivo para seguir; nuestro gran objetivo es destruir dos siglos de capitalismo; luego vendrá quien construya". La doctrina de Marx es, por otra parte, contraria a los sentimientos del pueblo, sentimientos profundamente humanos. Niega el sentimiento religioso y la existencia de Dios. Podrá el clericalismo ser impopular, pero nada es más popular que el sentimiento religioso y la idea de Dios. El marxismo es, además, materialista y esto también lo hace impopular. El marxismo es extraordinariamente materialista. Además es impopular porque suprime el derecho de propiedad tan profundamente humano. Pero por sobre todo es interesante destacar que Marx, como conductor de

las primeras organizaciones obreras, interpretó el sentir de las masas, y por este hecho lo debemos considerar como un precursor en el mundo. Pero su doctrina, en cambio, es totalmente contraria al sentimiento popular. Solamente por desesperación o desconocimiento de la doctrina marxista pudo el comunismo difundirse tanto en el mundo; se difundió más por lo que iba a destruir que por lo que prometía construir. Ustedes pueden comprobar a cada momento que los comunistas no son hombres constructivos; son personas que todo lo niegan; son extraordinariamente demagógicos, porque no tienen responsabilidad y porque jamás piensan en cumplir con sus promesas; prometen y prometen sólo para destruir. "Luego vendrán quienes construyen".

El movimiento obrero siguió en el mundo su marcha ascendente. Marx infundió su conciencia de unidad, pero dividió a los obreros con su doctrina. Surgió el socialismo, como doctrina comunizante atenuada. Yo pienso que aun sin el comunismo y sin el capitalismo el movimiento sindical habría seguido su curso en el mundo; tal vez más lentamente, pero no con menos fuerza.

El movimiento obrero se realizó en todas partes como una necesidad, no para luchar por el comunismo o por el socialismo, sino para luchar por una mejor situación del pueblo frente a la explotación capitalista.

Por eso los comunistas y los socialistas eran pocos en los sindicatos. Claro que eran los más activos, y a éstos los conocemos bien. Los demás eran obreros que querían defenderse para vivir.

El primer gobierno comunista del mundo aparece en Rusia en 1918. Es interesante señalar que no lo realizan los trabajadores, sindicalmente organizados, sino una masa explotada y hambrienta. Sus dirigentes no son obreros; asómbrense, son intelectuales a quienes no les preocupa tanto el trabajador industrial, sino el campesino. No es un movimiento dirigido esencialmente contra el capitalismo, sino contra los terratenientes. Aquí produce la primera derrota de la doctrina de Marx, porque la misma no puede ser integralmente realizada. No se suprime totalmente la propiedad, porque en Rusia, por ejemplo, veinte obreros pueden tener su fábrica, mientras que la doctrina no permite la propiedad. Claro que las mayores industrias son del Estado, que explota a los trabajadores, pero no han cumplido con la doctrina de Marx. Quiere decir que aquí sufre la primera derrota la doctrina de Marx, que pronto se convierte en un imperialismo más, y el imperialismo es un camino equivocado, porque crea resistencias en todos los pueblos.

En mi clase anterior ya hemos visto cómo el capitalismo estuvo representado en la República Argentina por la oligarquía y las fuerzas internacionales del capital extranjero y del imperialismo. Frente a sus fuerzas poderosas, se levantó aquí, como en todas partes, la reacción de los explotados, las masas sufrientes y sudorosas, como alguna vez dijera el coronel Perón.

Yo me precio siempre de haber sentido y sufrido con el pueblo aquella opresión y de haber visto desde adentro la reacción popular. Yo puedo hablar de esto con plena autoridad, para decir que aquella reacción permanente, silenciosa y apreciable del pueblo contra la oligarquía, no era comunista ni deseaba serlo. Los auténticos dirigentes sindicales no deseaban tampoco el comunismo, y tal vez por esa razón, por no querer ser comunistas, muchos se hicieron socialistas porque alguna puerta de escape tenía que tener esta gente que luchaba por un poco, nada más que un poco más de pan. Los dirigentes nuestros se han pasado muchos años luchando por migajas y soñando con una dignidad que jamás creyeron que iba a llegar a las clases trabajadoras argentinas, hasta el advenimiento del General Perón.

Entre los dirigentes comunistas, hubo pocos dirigentes verdaderamente comunistas. Los dirigentes eran dirigentes a sueldo. A ellos no les interesaba el pan de los trabajadores. Por eso no hicieron lo que la masa quería, se opusieron a Perón, y siguiendo instrucciones extrañas se aliaron con la oligarquía. Esto no debemos olvidarlo jamás. No se concibe que para el 24 de febrero de 1946 los comunistas, los que se llamaban dirigentes del pueblo, lo mismo que los socialistas, los conservadores, los demócratas progresistas y los radicales, formasen esa tan desgraciada Unión Democrática, bochorno y vergüenza de todos los argentinos.

No nos puede extrañar que los conservadores, los radicales y los demócratas progresistas se aliaran en un maridaje en que estuvieron siempre, a pesar de los enconos políticos, porque se repartían el gobierno, pero lo que nos extraña -y no lo podemos olvidar-, es que esos que se llamaban dirigentes del pueblo, los socialistas y los comunistas, se aliaran con la más cruda y rancia oligarquía nacional e internacional, se aliaron con el más crudo capitalismo contra los trabajadores argentino. No podremos olvidar jamás que se aliaran para vender la Patria, para entregar el patrimonio nacional.

Esto es más comprensible porque no podemos olvidar que tanto los socialistas como los comunistas, son internacionales y no les puede interesar lo que para los argentinos y, sobre todo, para los peronistas, es tan sagrado: la Patria. Tampoco podemos pensar como ellos, que a pesar de ser unos traidores podían haber disimulado su traición no aliándose con las fuerzas del capital; es que cuando los juegos políticos les interesan, demuestran que bajo la piel de cordero tienen alma de lobo. Eso es lo que demostraron los socialistas y los comunistas en nuestra Patria, que así como se aliaron en 1945, lo harán cuantas veces sea necesario para poder llevar adelante sus intereses bastardos y mezquinos. Su política y su doctrina no son constructivas, sino destructivas.

Las fuerzas trabajadoras han vencido y hoy, gracias a los humildes, a los hombres de bien y a los trabajadores que vieron en Perón no sólo al realizador y al reformador social, sino al patriota, al hombre que daba seguridad a la Patria, al hombre que iba a luchar para que cuando él se retirara la Patria fuese más

grande, más feliz y más próspera de lo que la encontró. Ellos hicieron posible el triunfo de Perón. Por eso los argentinos nos podemos vanagloriar y gozar de nuestra justicia social, de nuestra independencia económica que cada día se está acrecentando gracias al esfuerzo patriótico y a la vista extraordinaria del General Perón y, también, en la parte nacional, hoy los argentinos nos sentimos orgullosos de nuestra soberanía y como ya dije el 1º de Mayo: "Cuando nuestra bandera se pasea por los caminos de la humanidad, los hombres del mundo se acuerdan de la esperanza como de una novia perdida que se ha vestido de blanco y celeste para enseñarles el camino de la felicidad".

Por eso es que nosotros, los peronistas, nunca debemos olvidarnos del pueblo; siempre debemos tener nuestro corazón más cerca de los humildes; más cerca de los compañeros; más cerca de los pobres, de los más desposeídos, porque así habremos cumplido mejor con la doctrina del General Perón; y para que no se olviden que los pobres, los humildes, las fuerzas del trabajo, y nosotros mismos, nos hemos prometido ser misioneros de Perón; y serlo será expandir su doctrina no sólo dentro de nuestras fronteras sino que debemos ofrecérsela al mundo como una esperanza de las reivindicaciones que tanto ambicionan las fuerzas del trabajo.

Además, nosotros, los argentinos, no lo olvidaremos jamás a Perón, porque él nos ha dado este amanecer que está viviendo nuestra generación, que será el mediodía que vivirán las futuras generaciones gracias a su obra patriótica que está realizando en esta hora tan incierta de la humanidad, en que el mundo se debate en guerras, en odios y rencores; nosotros, en cambio, silenciosamente, teniendo al frente a un hombre de los quilates del General Perón, estamos construyendo una Argentina feliz y próspera; y lo estamos haciendo gracias a la obra de un hombre tan grande como lo es el General Perón y también gracias al pueblo que lo ha comprendido y lo ha apoyado contra todos los mercaderes y contra todos los traidores.

Que los comunistas más activos siempre fueron algunos intelectuales bien pagos en nuestro país, bien lo sabemos. Fueron sobre todo universitarios. Esos no han cambiado y siguen su prédica marxista, ahora disfrazada de pacifismo.

Ya sabemos cuál es la paz comunista: expansión de su imperialismo, a cualquier precio. La paz peronista es hacer lo que el pueblo quiere. Y no hablemos de la paz capitalista, que todos conocemos; consiste en explotar a los hombres e imponerse a pesar de los pueblos en todas las naciones.

El panorama comunista de 1943 no era grave, pero tenía ya las condiciones necesarias para serlo en cualquier momento, ya que un pueblo explotado y desalentado es el mejor ambiente para el triunfo del comunismo. Si sus dirigentes no hubiesen sido extranjeros, en su mayoría mercenarios de un imperialismo, tal vez hubiesen progresado más. Es posible que Perón no hubiese presentado al pueblo la solución justicialista, los trabajadores, por desesperación, hubiesen

abandonado el socialismo, que ningún bien les había hecho hasta entonces, y se hubiesen transformado en comunistas. Los socialistas eran dirigentes abúlicos y abogados de empresas poderosas, y el pueblo desesperado se hubiese entregado al comunismo, que tampoco los llevaría a la felicidad, sino a la destrucción, no sólo de los valores materiales del país, sino también de las fuerzas morales y espirituales.

Pero en aquel momento aparece Perón. Las masas obreras lo siguen, porque anuncia la supresión de la explotación capitalista por la justicia social; porque al hablar de justicia social no lesiona sentimientos naturales del alma humana, como el comunismo; porque habla sinceramente y porque más que prometer cumple. No nos olvidemos que las fuerzas trabajadoras de mundo se han pasado siglos enteros escuchando en todas las campañas preelectorales promesas que al día siguiente de las elecciones se llevaba el viento. El General Perón jamás prometió nada; lo dio todo. Es por eso que en la campaña presidencial de 1945, el General Perón llevaba sus puños llenos de verdades, de realizaciones. El General Perón expresó al pueblo argentino lo que había realizado para hacer la felicidad y para llevar un poco más de luz a todo los hogares trabajadores de la Patria. Perón cumple, han dicho los trabajadores con gran intuición, y eso era lo que el pueblo necesitaba.

Los dirigentes obreros se dividen en dos: los sinceros y los dirigentes a sueldo, que prefieren aliarse con la oligarquía. A éstos los conocemos nosotros y el pueblo. Mejor dicho, los conocemos nosotros, porque el pueblo los mata con el olvido y ya no los recuerda más.

El General Perón ha vencido al capitalismo y al comunismo. Ha vencido al capitalismo suprimiendo la oligarquía, combatiendo las fuerzas económicas, los Bemberg, los truts. A "La Prensa" que era un cáncer del capitalismo que teníamos nosotros, no la suprimió Perón, sino los canillitas y las fuerzas del trabajo. ¿Pero podrían los canillitas, que son los obreros más humildes del país, haber enfrentado con éxito a ese pulpo poderoso, mediante una huelga contra una empresa que contaba con tanto apoyo, especialmente de fuerzas extranjeras, si no existiera el justicialismo y hubiera un gobierno que los dejara discutir libremente y de igual a igual con los patrones? ¿Antes... hubieran ametrallado a los pobres canillitas, ahogando sus esperanzas!

Perón también ha vencido al capitalismo interno. Por la economía social, poniendo el capital al servicio de la economía, y no como antes la economía al servicio del capital, que sólo daba a los obreros el derecho a morirse de hambre. La ley del embudo, como se suele decir. Lo ancho para ellos y lo angosto para el pueblo.

Perón suprimió la acción imperialista. Ahora tenemos independencia económica. Bien sabe él todos los agravios que debió recibir por haber cometido el "crimen" de defender la Patria, si a eso le llamamos crimen. Algunos argentinos se

alían con los extranjeros para difamarlo, porque el General Perón, por primera vez, hizo que las potencias extranjeras respetaran a la Argentina y la trataran de igual a igual.

El General Perón le quitó al comunismo las masas, por el mayor bienestar y la justicia, propiciando la creación de un sindicalismo justicialista, y sobre esto quiero decir dos palabras.

El sindicalismo apoya al justicialismo y a Perón, pero eso no significa que el sindicalismo se enrola en una acción política. Simplemente sigue así una doctrina de justicia social, y su creador, Perón, ya está por encima de toda política, como lo dije en mi última clase, porque los sindicatos argentinos, al formar el sindicalismo justicialista, es decir, al encuadrarse dentro de la doctrina justicialista, están representando auténticamente a sus afiliados, porque lo que antes se discutía a balazos, hoy ya no se discute; se defienden las conquistas, que es muy distinto. El sindicalismo justicialista, que está ensamblado dentro de la doctrina justicialista, y los sindicatos argentinos, al apoyar al General Perón, lo apoyan políticamente, no se enrolan en un partido político, no apoyan a un dirigente surgido de un partido político, porque otro Perón, como he dicho en mis clases anteriores, no vendrá a la Argentina y por más que salgan imitadores a su paso, los imitadores siempre son desastrosos. Perón hay uno solo y las fuerzas del trabajo, al apoyar a Perón, apoyan al líder de los trabajadores argentinos, y no a ningún partido político. Perón es la Patria, Perón es trabajo y Perón es bienestar.

Es así como genialmente ha dicho el General Perón; el justicialismo no puede vivir sin el sindicalismo, pero no le arrienda la ganancia al sindicalismo sin el justicialismo. Y tiene razón el General. Los que más sufrirán en nuestro país el día que los argentinos tengamos la desgracia de no tenerlo más a Perón -porque realmente va a ser una desgracia no tenerlo a Perón aunque él diga, con su extraordinaria bondad, que nos seguirá dirigiendo desde su casa- no serán los grandes, sino los pequeños, las fuerzas del trabajo, porque tras las serpentinas y los fuegos artificiales que harán los políticos que le sucedan, vendrán los desencantos y también las desilusiones. Para comprender a los trabajadores, hay que amar profundamente a los humildes, y es como si Dios, en su infinita bondad, ha querido darle a los argentinos a un hombre que lleva en su corazón todo el amor y toda la comprensión por los trabajadores.

El General Perón ha puesto la tolerancia ante la intolerancia. Así es como yo he querido juzgar al General Perón, tal vez como soy la más fervorosa peronista, he querido encontrarle algún defecto, y el único que le encontré ha sido su maravilloso y gran corazón. Yo quisiera que a todos los hombres del mundo y a todos nosotros nos encontraran ese mismo defecto. Perón, para mí que lo he analizado profundamente, es perfecto.

Por eso, como yo creía que la perfección no la podíamos alcanzar dentro de lo terrenal, les digo que no hay ni habrá jamás un hombre como Perón.